

ROMANCE OSCURO ENTRE EL
PADRASTRO MAFIOSO Y SU MUÑECA



Caramela
EXPLOSIVO

LAURA LAGO



CARAMELO EXPLOSIVO

Romance Oscuro entre el Padrastro Mafioso y su Muñeca



Por **Laura Lago**

© Laura Lago 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Laura Lago.

Primera Edición.

Autora N°1 en Erótica y Política (España) en menos de 7 días a la venta.

Dedicado a;

Alba, por ser la mujer más exitosa que conozco.

Mi madre. Sin ella, esto no sería posible.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

Mi padre está en la cárcel desde antes de que naciera. Dejó a mi madre con un bombo de tres pares de narices y yo nunca llegué a conocerlo.

Mi madre, que nunca llegó a casarse con él, se desentendió de su relación a los pocos años. Mi padre no tuvo ningún cuidado en portarse bien para salir antes, como muchos otros presos. En su caso, la legislación española y el orden de las cárceles se cumple a rajatabla.

Por vete a saber qué (lo mismo ha matado a alguien ahí dentro que ha estado pasando droga bajo la mirada "despistada" de los funcionarios) se le han ido aumentando los años de la condena y no tiene pinta de que vaya a salir muy pronto.

Por suerte, antes de que lo metieran en chirona se aseguró de dejarnos un buen colchón lleno de dinero. Mi madre no me lo contó hasta que no fui mayor de edad, pero al parecer todavía nos llega el dinero que amasó mi padre mientras estuvo en la calle.

Es toda una suerte que se empeñe en seguir preso: si se llega a enterar de que mi madre iba a dejarlo poco después de que le entrullaran, dudo que le hubiese dejado la maleta llena de pasta y los dos bidones llenos de billetes de diez mil pesetas.

Digo todo esto no para darte pena. No necesito darte pena. Aunque tenga a mi viejo en la cárcel, nunca he notado su ausencia. Mi madre se ha cuidado de estar sola y ha hecho siempre lo que le ha dado la gana.

Se nota que le van los piezas; la mitad de los tíos con los que ha estado o han entrado en la cárcel o han salido de ella, pero todos por delitos blancos. O, como es el caso del último, tampoco es que le quede demasiado para que lo pillen y lo encierren de una vez.

Pero no voy a adelantar acontecimientos: estoy hablando de mí.

Como decía, el dinero que nos dejó mi padre nos ha proporcionado una vida tranquila. La gente con la que mi madre se ha enrollado estos años le ha dado contactos y negocios con los que mantenerse a flote, y no me da vergüenza afirmar que me he criado rodeada de lujos comprados con dinero negro.

Tampoco es que me diferencie demasiado de cualquiera de los hijos de los políticos que vemos en la tele cada día, después de todo.

Me he educado en institutos privados y me he codeado con la flor y nata de la sociedad española. ¿Sabéis eso que dicen de que algunos políticos tienen amigos narcotraficantes, y todo eso? Bueno, pues en mi caso es verdad.

No queráis saber los apellidos que tenían algunos de mis compañeros de clase, que se sentaban en el pupitre de al lado sin saber que mi madre era una de las cabecillas de las bandas de la droga que trafican en la frontera.

Lo que sí sabían, de todos modos, era que yo conocía a la gente adecuada para que les pasase

marihuana, coca o lo que les apeteciera en el momento. Yo me sacaba una pasta y procuraba no meterme nada para no perder la cuenta. Siempre he sido más lista que los demás.

Incluso más lista que mi madre, que se las ha arreglado para seguir surfeando la ola todo este tiempo sin llegar a caerse. Mientras que sus queridos caían como moscas cada vez que la policía abría una investigación, y aunque a mi madre la han llamado a declarar en varias ocasiones, siempre ha sabido estar un paso por delante para evitar sufrir el mismo destino que mi padre.

Yo soy igual. Quizá todavía más lista. Todavía soy joven y la gente tiende a infravalorarme, pero yo sé que puedo hacer muchas cosas que otros no pueden. Si ellos supieran...

Hoy, mi madre va a ir a visitar a su prometido, del cual ya os he hablado antes. Yo voy con ella. Me he alisado el pelo y me he pintado los ojos con el doble de cuidado que siempre. Hasta me he puesto algo de brillo y me he vestido con una de mis camisetas nuevas, amplia y atrevida aunque no llega a tener escote.

Tengo el cuerpo fibroso y no destaco por las curvas. Después de tantos años practicando aikido (mi madre me apuntó desde que cumplí los siete años con la esperanza de hacer de mí una mujer autosuficiente y sin miedo), no tengo tanto pecho como algunas de mis amigas ni mi culo destaca en plan Kardashian.

Lo que sí tengo son unos brazos firmes y unas piernas que ya las quisieran muchas, y un vientre plano en el que se podrían partir nueces.

Pero mi cuerpo no importa cuando se puede mirar como lo hago yo. Y creedme, nunca he necesitado insistir demasiado para enrollarme con los tíos que me han interesado desde que cumplí los quince años.

El prometido de mi madre tiene varias tiendas en la ciudad, pero solo frecuenta una. No hay que ser un genio para darse cuenta de que las utiliza para lavar dinero.

Por lo que he descubierto poniendo la oreja y haciendo un par de deducciones, Iván debe de manejar droga y tal vez armas. Suele encontrarse con gente esclava. Mafiosos rusos, lo más seguro.

Mi madre, que es como una mosca atraída por la miel, ha sabido echarle el lazo con la esperanza de ampliar sus horizontes laborales. Más dinero, más lujos, más riesgo. Pero a mi madre eso le mola. La verdad es que a mí también.

Entramos juntas en la tienda. Es una lonja enorme y casi vacía que ofrece productos alimenticios para deportistas. Son esos botes enormes con polvos de sabor fresa que en realidad saben a naranja amarga y que te meten un chute de proteínas increíble.

Cuando entrenaba en serio, mi maestro me animó a tomarlos. Ahora que me lo estoy tomando con calma por el primer año de universidad los he dejado, pero tal vez debiera retomarlos para tener una excusa con la que venir por aquí más a menudo.

El dependiente es un tío mazadísimo que viste una de esas camisetas de algodón sin mangas que le sirven para enseñar bíceps y cuello. Me parece haberlo visto alguna vez por el gimnasio: es de estos tipos que están casados con las pesas y que seguirán machacándose hasta que les explote el corazón.

—Hola, buenas —dice con una voz muy melosa.

Sus ojos pasan de mi madre, que aunque no está de mal ver tiene ya sus buenos cuarenta, a mí. Noto cómo me evalúa y me dan ganas de enseñarle el dedo medio, pero como estoy en la tienda de Iván sé que no tengo que hacer esas cosas.

—Hola. Soy Victoria, la novia de Iván. Pensaba que estaría por aquí —contesta mi madre con tono afectado, pedante. Como si no hubiera salido de un barrio pobre y no se hubiera hecho rica con negocios turbios, vamos.

—Ah, sí, sí está. ¡Iván!

Grita hacia su espalda, hacia la trastienda. No pasan muchos segundos antes de que el novio de mi madre haga aparición a través de la puerta.

Veo su gesto contrariado e irritado ante el grito del dependiente. Parece que viene a cagarse en sus muertos, pero al ver que mi madre y yo estamos aquí se detiene. Posa su mirada en ella y luego en mí, y noto al momento que mis esfuerzos han dado fruto.

Pero Iván es un buen mentiroso. De no serlo, no habría llegado hasta el punto en que sus negocios se han convertido en un reclamo suficiente para que mi madre considere abandonar su soltería. Se inclina sobre ella y le da un beso corto en los labios, sin pasión por ninguna de las partes. Su mano toca su cintura y se abre paso por la lonja más allá del mostrador.

—Pensaba que vendríaís más tarde —dice Iván a mi madre mientras caminamos frente a un aparato de remo súper caro que probablemente habrán comprado para justificar gastos.

—Sí, pero luego tengo cita en la peluquería, así que he decidido acercarme ahora —contesta mi madre, que me da la espalda para centrar su atención en él.

Yo me alejo. Antes me ha pedido que les deje espacio para hablar de sus cosas, así que obedezco. Me pongo a mirar sin interés las bolsas de colágeno en polvo y de cola de caballo diurética mientras intento pegar la oreja a su conversación.

Capto algo acerca de los rusos y algo acerca de problemas, pero no se explayan lo suficiente para que pueda imaginarme de qué trata el asunto. Mi madre le roza los hombros y se recrea. Yo también lo haría. Me gustaría hacerlo.

Iván es un tío de la edad de mi madre. Creo que cuarenta y dos o así. Tiene el pelo corto y negro, aunque tiene unas cuantas canas ya, sobre todo en las sienes. Su rostro es muy atractivo. Tiene una mandíbula cuadrada al estilo de un superhéroe, pero los ojos de un villano. Son castaños, intensos, y las cejas bajas le hacen parecer enfadado todo el tiempo. Tiene la nariz grande, pero le da mucha personalidad y le cuadra a la perfección con la facha de tipo peligroso.

Y encima lleva traje. Me pirran los tíos con traje.

Mientras deambulo por las estanterías, Iván me busca con esos ojos suyos tan salvajes y no tengo inconveniente alguno en enfrentarlos a los míos.

Su mandíbula se crispa. Tiene unos labios finos y crueles que se estiran cuando me miran. A veces me imagino que alcanzo a besarlos y a morderlos, y me estremezco. Es mi imagen favorita cuando me masturbo por las noches, irritada después de uno de nuestros encuentros en los que no

podemos acercarnos tanto como me gustaría.

Dejo escapar un suspiro alterado e Iván, mientras mi madre revisa su móvil, levanta la barbilla y me mira de reojo. Lo hace de tal manera que a mí se me resbala uno de los botes de polvos para batidos y se cae al suelo con un estruendo. Es toda una suerte que sea de plástico y esté sellado; de lo contrario, ahora mismo estaríamos aspirando proteínas de chocolate.

—Ten cuidado, Natalia —me dice mi madre sin levantar la mirada del móvil.

Iván se gira y me da la espalda. Quiere asegurarse de que no volvemos a tener otro de esos momentos tensos por el momento, pero a mí no me importa. Me está dando una excusa y un medio para mirarle ese culo estupendo que le hace el pantalón de traje.

La conversación muere porque entra uno de los pocos clientes que tiene esta tienda. Mi madre carraspea y dice que se tiene que marchar. Iván dice que tiene trabajo y se despide de ella con otro beso sin pasión para volver a la trastienda a seguir con sus negocios turbios. El dependiente se lía a hablar sobre los mejores suplementos para el entrenamiento de fuerza y mi madre me anuncia que tenemos que coger un taxi.

—Bah, mamá. Vete tú, que yo he quedado con Inés —le digo en la puerta.

Mi madre se encoge de hombros.

—Como quieras. No vuelvas tarde.

Me da un beso en la mejilla y me pregunto si aún tiene la saliva de Iván pegada a los labios. No es la primera vez que aspiro su olor en ella. Supongo que alguna vez se habrán acostado, o al menos se habrán metido mano. No me puedo creer que mi madre no intente probar el paquete antes de comprarlo, por mucho que sea una transacción estrictamente profesional.

Hago como que me voy por otro camino hasta que mi madre se pierde de vista. Entonces vuelvo a la tienda y trato de entrar en la parte de atrás mientras el dependiente sigue hablando de suplementos con sabor a vainilla. Por desgracia, su pasión por las pesas no supera su deseo de cumplir con el deber.

—Hey, hey, chica —me dice—. ¿A dónde vas?

—Mi madre me ha pedido que le diga una cosa a Iván —improviso.

—Pues Iván se acaba de ir ahora mismo.

Hago un mohín y suspiro.

—¿Seguro?

—Sí, ¿por qué te iba a mentir? Si quieres que le diga algo importante, déjame el mensaje y se lo transmito.

No estoy segura de lo que voy a hacer. Si mi madre me pilla, me la cargo. Si a Iván no le parece bien, me la cargo doble. Tengo diecinueve años y dependo de ambos para sobrevivir hasta que consiga un título que me proporcione un curro decente. Pero... Es que no puedo cerrar los ojos y hacer como si nada de esto estuviera pasando.

Saco una libretita y escribo mi número de teléfono. Se lo tiendo al dependiente y espero que lo coja y se calle la boca.

—Dile que necesito que me llame. Es por algo de mi madre.

Él asiente y me dedica otra mirada lujuriosa mientras me voy. El corazón me late tan apresurado en el pecho que creo que me voy a poner a bailar de un momento a otro. Le acabo de dar mi número a Iván, así que técnicamente estoy ligando con él.

Estoy ligando con el prometido de mi madre, que además me saca más de veinte años y que es un maldito traficante de drogas y armas. Así dicho, suena fuerte. Joder, la verdad es que fuerte es un rato. ¿Por qué no me importa lo más mínimo?

Como tengo tiempo de sobra para pasar la tarde, me voy al centro comercial del centro y deambulo entre los pasillos mientras miro escaparates.

Aunque me haya criado con bastante dinero en el bolsillo, nunca me ha gustado comprar por comprar. He venido aquí por tener un sitio agradable por el que pasear y desentumecerme tras tanto tiempo encerrada en casa después de que mi madre me castigase por pensar un par de asignaturas en los últimos exámenes. Puede que sea una tía de armas tomar, pero sigo dependiendo de mi madre y no le gusta demasiado que pierda el tiempo en lugar de estudiar.

Mi madre no entiende que si he suspendido no ha sido tanto por perder el tiempo como por aprovecharlo. No pienso ir a la clase de un profesor que es un puñetero sexista y que trata a las tías como si fuéramos muñequitas que pudiéramos rompernos. La otra asignatura... Vale, admito que esa la he suspendido porque no me ha dado ganas de estudiarla. ¡Pero solo ha sido una!

Sea como sea, ya estoy libre otra vez. Debería quedar con mis amigos para celebrarlo, pero después de mi encuentro con Iván y sabiendo que le he dado mi móvil para que se comunique conmigo en cualquier momento, estoy nerviosa.

Me paso por la tienda de videojuegos para probar el último que tienen en exposición y juego hasta que el dependiente me pone mala cara porque hay un par de críos que están deseando coger los mandos. Como no quiero líos, me largo y me acerco a la bolera. Me gusta ver cómo juega la gente porque generalmente lo hacen mal. Me encanta reírme con sus cagadas épicas cada vez que se les cuele una bola en el caño o lanzan tan arriba que aterriza en el suelo como una bomba. Todavía no he visto a nadie que se cargue la pista, pero el día en que pase voy a reírme hasta reventar.

Así estoy, mirando de reojo a los jugadores de bolos malísimos que han tocado esta tarde mientras toqueteo mi móvil y contesto a las conversaciones de WhatsApp con amigos, cuando la pantalla del móvil se pone negra y aparece un número desconocido en ella. Sé perfectamente quién es. Mi estómago se encoge sobre sí mismo y siento un tirón de anticipación en el vientre. No sé qué me va a decir o qué le va a parecer, pero cuando descuelgo y me acerco el móvil a la oreja, tiemblo.

Justo en ese momento, en la pista de al lado, hacen un pleno.

—Natalia, te parecerá bonito —dice la voz de Iván desde el otro lado de la línea.

Me estremezco al escuchar su voz. Tiene un toque áspero que me vuelve loca, y me pregunto si está tan enfadado como parece.

—¿El qué? —pregunto para hacerme la inocente.

—Lo sabes muy bien. ¿A qué estás jugando?

—No estoy jugando a nada. ¿A qué estás jugando tú?

—Natalia, joder. Que tienes dieciocho años.

—Diecinueve. Más cerca de veinte que de dieciocho —le digo—. Y, además, yo no he hecho nada. Tú has sido el que ha decidido llamarme.

Oigo su respiración. Está casi jadeando. ¿Se está tocando sin que le vea o qué? La idea me pone bastante cachonda, no lo voy a negar, aunque no creo que esté acertada. Creo, simplemente, que esta conversación le provoca ansiedad.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Buscarme la ruina? —me pregunta.

—Te quiero a ti —respondo en un ataque de valor suicida.

Su voz se entrecorta otra vez.

—Sabes que no puede ser.

—Mi madre no tiene por qué enterarse.

—No solo por tu madre. ¿Tú sabes lo que sería estar con alguien como yo? Yo no soy un niño cualquiera de los que te habrás follado para pensar que eres una mujer adulta y experimentada. Yo no juego.

Sonrío.

—¿Cómo estás tan seguro de que solo me he follado niños?

—Porque tú eres una niña, y a los hombres adultos...

—Los hombres adultos adoráis a las niñas como yo, porque la mayoría sois unos salidos lascivos que no se paran a pensar en dónde están intentando meter la polla antes de hacerlo.

>>No me cuentes cuentos, Iván. Puede que sea más joven que tú, pero vivo en el mismo planeta que el tuyo. Y las niñas como yo sabemos perfectamente quiénes son, detrás de nosotras, los primeros de la fila.

Él gruñe. He desarmado sus defensas, que tan cuidadosamente parecía haber planeado. Se nota que me está poniendo las mismas excusas que las que se pone a sí mismo para no seguirme con los ojos cada vez que coincidimos.

Desde que nos conocimos hace un par de meses, cuando mi madre anunció el compromiso, siempre ha sido así. Le he visto acorralado como un animal herido que se muerde una pata por no morder al que tiene al lado. Si él supiera lo fácil que sería en realidad...

—Vale. Me has ganado —dice—. ¿Quieres fiesta? Pues te doy fiesta. Dime dónde estás y vemos cómo de mujer eres.

La voz suena amenazante más que seductora, pero a mí me funciona de la misma manera. Mi corazón se acelera al tiempo que cambio el móvil de mano porque la palma me suda. Mi mirada se pierde en una de las pistas vacías mientras por todas partes resuenan los golpes de los bolos al ser derribados.

—Te veo dentro de quince minutos en la puerta del MegaOro.

—Estate ahí a la hora.

Me cuelga sin despedirse. La excitación corre por mis venas como un chute de heroína, y estoy a punto de tropezarme cuando me levanto de la mesa en la que me he sentado para ver a la gente jugar a los bolos. La familia de la mesa de al lado me dirige una mirada torva porque no he dejado de reírme cada vez que alguno de ellos tiraba mal la bola, pero no me importa.

Aunque hemos quedado dentro de un rato, no puedo refrenarme y aparezco en la puerta aunque vaya a tener que esperar quince minutos. No dejo de mirar el móvil por si me envía un mensaje que diga que al final no va a venir, que todo era una broma, pero al mismo tiempo me resisto a seguir con la mirada pegada a la pantalla por si acaso aparece el coche y no le veo llegar. No quiero que piense que soy una cría esclava de su móvil.

No sé muy bien a dónde nos va a llevar esto ni cuáles son las intenciones reales de Iván, pero me muero por averiguarlo.

Veó su coche llegar desde lo alto de la calle. Es un Audi A4 de color negro muy elegante. Estoy acostumbrada a ese tipo de vehículos porque son los que utilizan los padres de mis compañeros de universidad e instituto.

Se detiene frente a mí y me mira desde el asiento del piloto. Me hace un gesto para que me suba a bordo y, aunque no tengo muy claro de qué es lo que va a ocurrir si obedezco, lo hago.

—Ponte el cinturón —dice entre dientes cuando cierro la puerta.

No hace falta que me lo ordene; siempre me lo pongo. Puede que me haya criado entre gente de moralidad dudosa, pero no hace falta que nadie me insista para que cuide de mí misma. Nunca me ha gustado la idea de salir volando a través de la luna delantera del coche, gracias.

Iván tiene la radio puesta. Es música rock en inglés que no he oído en mi vida. Seguramente serán algunos perdedores de Radio 3 o algo parecido. Llevo un dedo a la radio y voy a pulsar el botón para cambiar de emisora cuando él me advierte:

—No toques nada.

Sonrío.

—No sabía que te gustase este tipo de música.

—No sabes nada de mí —responde.

Tiene una pose desafiante y orgullosa mientras conduce. Se ha quitado la chaqueta y lleva la camisa arremangada. Tiene los antebrazos torneados, con la cantidad de vello justo para parecer masculino sin llegar a oso. Lo que más me gusta son los tatuajes que le nacen en las muñecas y que le llegan a los hombros. El de la derecha es una línea de tribales negros que se enrosca en su brazo y asoman en el cuello. El de la izquierda es un tatuaje de estilo japonés parecido al que llevan los Yakuza. Tiene muchos colores, flores y dragones, y cuando gira el volante se menean como si tuvieran vida propia.

Como no me deja tocar la radio, le toco a él. Rozo con mis dedos su brazo derecho y trazo las líneas negras que le suben hasta el codo. Iván me aparta la mano de un manotazo.

—Estoy conduciendo.

—¿Te pones nervioso?

—Tú deberías ponerte nerviosa. No sabes a dónde te voy a llevar.

—A una zanja no, desde luego. Mi madre te mataría.

—No si la mato primero a ella.

—Dudo mucho que lo hicieras. Mi madre tiene amigos poderosos que te harían polvo si supieran que nos has hecho daño a alguna de las dos. Además, no tienes pinta de ser ese tipo de persona.

Iván se ríe.

—Ya. Como que los asesinos tienen una pinta en particular.

—No lo digo por eso. Dudo mucho que los asesinos sin escrúpulos se encojan tanto cuando miran a la hija de diecinueve años de sus prometidas. Tú eres... diferente. Casi hasta mono.

Eso no le ha gustado. Me mira de reojo con una expresión despectiva.

—¿Mono? Natalia, ¿cuándo te va a entrar en la cabeza que no soy uno de los chicos con los que sales de juerga?

—Lo sé —respondo con una sonrisa—. Pero veo que cada vez que te provocho te pones aún más a la defensiva.

Vuelvo a tocarle el brazo y él me da otro golpe. Me echo a reír y me arrellano en el asiento. Aunque tengo el pulso disparado porque no tengo ni idea de lo que va a pasar ahora, esto me está resultando de lo más divertido y excitante.

Iván conduce hasta una zona de la ciudad que conozco bastante menos. Hemos dejado atrás los centros comerciales y los restaurantes. Esto son las afueras. Aquí la gente que camina por las calles tiene los ojos hundidos y bastantes malas pulgas.

Giramos hasta llegar a un descampado donde la gente mete el coche sin cuidado alguno. El suelo es de grava y cuando Iván aparca levanta una nube densa y gris que flota sobre nuestras cabezas cuando salimos. El aire huele a polvo. Hay dos o tres árboles colocados aquí y allá, y están secos. El sol del atardecer se alza sobre nuestras cabezas como plomo fundido.

Iván cierra la puerta del coche y avanza hacia mí. El motor del coche rechina debajo del capó a medida que se enfría. No hay nadie a nuestro alrededor y más allá del descampado dudo que los transeúntes se preocupen por nosotros. Estamos solos. Todo lo solos que podemos estar en un sitio como este, al menos.

—Pensaba que me ibas a llevar a un hotel o algo así —digo con una sonrisa nerviosa—. Este sitio no es tan cómodo.

—Pues acostúmbrate —me dice él—. Yo no te voy a llevar a dar paseos por la playa o por el parque. No te voy a dar serenatas, ni a comprar regalos caros, ni a llevarte del brazo a ninguna parte.

Se me acerca tanto que tengo que pegarme a la puerta del coche. Mi respiración se entrecorta. Puedo ver el cuello de Iván, rozado por su tatuaje tribal, y cómo le cae una gota de sudor junto a la

vena hinchada y palpitante que me hace entender que está tan nervioso como yo. Pero su mirada es implacable.

—No soy un animal al que puedas domar, Natalia. No soy un juego. Te puedo romper y lo haré. No te metas donde no puedas salir.

—No soy una muñeca —respondo—. No tienes ni idea de lo que puedo hacer o de lo que he hecho. Podría partirte la nariz antes de que te dieras cuenta. No te tengo miedo, ¿sabes?

Su mandíbula se crispa. Su cuerpo se acerca más a mí. Tengo que pegarme aún más a la puerta del coche, y la carrocería está tan caliente que quema. Pero el cuerpo de Iván también quema. Su proximidad es asfixiante.

—Pues deberías.

Iván me besa. No es un beso suave o de película. Es un beso desesperado, hambriento. Su boca se cierra sobre la mía y me domina de tal modo que prácticamente me aplasta contra el coche. Sus manos se agarran a mi cintura como tenazas. Me aprieta con ellas como si quisiera demostrarme que quiere romperme de verdad.

Pero yo no me echo atrás. Me impongo a la fuerza y empujo para recuperar la verticalidad. Noto cómo le sorprende mi respuesta, porque sus músculos se aflojan y por un momento le tengo. Sus labios se abren y nuestras lenguas se tocan, y no es que lo hagan delicadamente. Es un beso húmedo y lujurioso, lleno de pasión y ansiedad animal. Y aunque él intenta volver a hacerse con el control antes de que yo se lo arrebate del todo, le desarmo con un mordisco intenso en el labio inferior.

Se separa de mí y se lleva la mano a la boca. No ha llegado a brotar la sangre, pero la próxima vez lo hará. Sus ojos están llenos de cólera y algo más. Quizá miedo. Pero no tanto miedo por lo que yo pueda hacerle como lo que él pueda hacerme a mí.

He notado sus manos firmes, su cuerpo ansioso contra el mío. He probado su boca. Ya no habrá vuelta atrás.

Iván parece perder el control. Se aparta de mi lado y rodea el coche. Entra en el asiento del piloto y ni siquiera se pone el cinturón antes de arrancar. Cuando intento entrar, descubro que ha cerrado las puertas.

—Vuelve a casa, Natalia —me dice desde el interior antes de salir de allí escopeteado.

Me deja sola entre el polvo y el humo. Pero lejos de molestarme, su huida me hace comprender que estoy mucho más cerca de mi presa de lo que esperaba. Y disfruto internamente de que haya comprendido que no soy ninguna muñeca.

El resto de mi día es una sucesión confusa de recuerdos y elucubraciones de lo que podría haber sido. El beso se queda conmigo y me persigue como un veneno. Está conmigo cuando vuelvo a casa y veo la televisión, y cuando viene mi madre y me pregunta que qué tal el día y me cuenta que ha estado en la peluquería y que se ha encontrado con no sé qué amiga y se han tomado un café después de mucho tiempo. Está conmigo cuando cenamos y cuando me meto en la cama. En la soledad de la noche, la ansiedad se vuelve todavía peor. La tengo a mi lado y me envenena, y el silencio aparente de mi teléfono móvil la empeora.

¿Por qué no me ha respondido a mis mensajes todavía? Sé que los ha leído, pero por algún motivo se resiste a contestarme. Tal vez le haya dado miedo. Tal vez se han vuelto las tornas y ha descubierto que no soy lo que él pensaba, y que si quiere darme caña yo estoy aquí para recibirla. Tal vez esté aterrado ante la idea de tener una aventura conmigo mientras aún sigue con mi madre. No me extrañaría. Lo que pase entre nosotros podría desbaratar sus planes para casarse con ella por el negocio. Y el negocio es siempre lo más importante.

Cuando cierro los ojos, juego a imaginarme su boca sobre la mía, en mi cuello. Sus dedos por mi espalda, clavándose como garras. Esos brazos llenos de tatuajes abrazándome, apretándome contra la cama como lo han hecho contra el coche. Y la sangre brotando al fin, libre, entre mis dientes.

Me cuesta dormir, pero finalmente lo consigo. Por la mañana tengo que ir a clase y me cuesta levantarme más de lo habitual. Mi madre me está esperando con el café y las tostadas calientes, y yo doy cuenta de todo con un hambre voraz. Me recuerda al hambre que me daban los entrenamientos, cuando volvía y acababa con todo lo que hubiese en la nevera. Pero hace tiempo que no entreno. Debe de ser la tensión y el esfuerzo físico de contener mis apetitos, o la ansiedad por no poder darles rienda suelta.

Tomo el autobús hasta la facultad y miro mis mensajes otra vez. Sé que Iván está despierto y que ha estado usando WhatsApp, pero aún no se ha dignado a responderme. Le envío un emoji enfurecido para que se entere de que me lo está haciendo pasar mal. Salen los tics azules: lo ha leído. Pero como con los otros mensajes, no hay respuesta. El muy cabrón se ha marcado como meta hacerme sufrir un infierno y lo peor es que lo está consiguiendo.

Las clases transcurren con una pesadez insoportable. Yo me dedico a dibujar en mi cuaderno mientras mi mente divaga e imagina, y ni siquiera me paro cuando el profesor se da cuenta de que no estoy haciendo ni puto caso a la clase y me amenaza con hacerme preguntas que contarán para nota.

En un hueco entre asignaturas me acerco a la cafetería, donde está mi amiga Inés.

Es una chica menuda y regordeta, todo lo contrario a mí. Tiene la nariz afilada y los ojos azules, y aunque no es guapa al uso a mí me parece una chica bastante mona. Carece del aire desafiante que tengo yo, así que suele levantar bastante interés por parte de los chicos. Pero Inés hace tiempo que no se preocupa por eso. Después de Alberto, ha decidido tomarse las relaciones con

mucha calma.

Es mi mejor amiga y está estudiando biología, a diferencia de las empresariales que estoy haciendo yo. Pero como estamos acostumbradas a ir juntas a clase, procuramos encontrarnos al menos una vez al día para tomarnos un café o algo mientras nos contamos las penas.

En cuanto me ve la cara sabe que ha pasado algo. Inés me conoce de sobra y no podría ocultarle nada de esto aunque quisiera. Y lo cierto es que no quiero.

—A ver, cuenta, que me tienes en ascuas —dice mientras revuelve su café con una cucharilla de plástico cuando nos colocamos en nuestra esquina de la cafetería, a salvo de miradas insidiosas y oídos chismosos.

—Ayer me lie un poco con el novio de mi madre.

La sorpresa estalla en su rostro como el rubor. Niega con la cabeza y aprieta los labios, reprobadora, y yo me río. Sabía que haría algo como eso.

—Qué dices, tía. ¿Estás majara?

—Mi madre no le quiere. Él a ella tampoco. Deberías ver cómo son cuando están juntos. Parecen más un par de socios que un futuro matrimonio.

—Pero da igual. ¿Y si se entera tu madre qué?

—No se va a enterar. A él no le interesa y a mí tampoco.

—¿Pero qué años tenía? ¿Cuarenta y cinco?

—Cuarenta y dos. No es tanta diferencia.

—¿Cómo que no? Natalia, por favor. Que podría ser tu padre.

De hecho, me parece recordar que mi padre le saca uno o dos años, como mucho. Pero tampoco es que me preocupe mucho. Nunca le he conocido y no estoy buscando un sustituto, sino alguien con quien follar.

—No se parece en nada a un padre. Al menos no al tuyo. —Recuerdo sus tatuajes, sus ojos intensos, la manera en la que me sujetaba por la cintura mientras me besaba en un intento de intimidarme—. De verdad.

—Bueno, ¿pero qué es lo que ha pasado exactamente? ¿Habéis follado?

—No. Solo nos hemos besado. Me llevó a un descampado.

—Joder. Pues para ser un tío mayor, es un cutre.

—Creo que me estaba intentando dar miedo. Sabe que me gusta y yo le gusto a él, pero se está haciendo el duro porque tiene miedo de... Yo qué sé. Se piensa que soy una cría.

—Hombre, en comparación a él, eres una cría.

—Soy más joven, pero no soy una niña. Me dijo que me podría romper, pero no se da cuenta de que soy mucho más fuerte de lo que parece. No sabe todavía todo lo que he hecho y he visto. Piensa que soy una chica débil que ve el mundo de color de rosa, pero...

Inés frunce los labios. Ella ha estado conmigo todo este tiempo y sabe perfectamente en qué mundo me muevo y qué cosas hago. Sabe que mi madre está metida en rollos de droga y de lavado de dinero y que el dinero con el que me he criado viene de las fechorías de mi padre antes de que lo metieran en la cárcel. También me ha echado una mano para sacarnos algo de pelas vendiendo costo a los compañeros de clase en el instituto. Pero lo más importante es que sabe que sé plantarle cara a un tío cuando se lo merece.

Hace unos años, Inés empezó a salir con Alberto. Estábamos en el instituto y fue su primer amor. El tío era guapo y tenía pasta, como todos los demás, pero era especialmente simpático y la trataba con todo el romanticismo del mundo. Inés se pasó las primeras dos semanas de noviazgo sumida en una nube de color de rosa, tragándose todas las chorradas estereotípicas que él le decía.

El problema empezó cuando, a los tres meses, el tío se puso capullo. Le montaba pollos por celos, le exigía que le enseñase el móvil para controlar que no hablaba con otros y le empezó a decir que debería dejar de salir con malas compañías. Malas compañías como yo.

Inés se dejó envolver por sus manipulaciones y sus mentiras y llegó a cortar la comunicación conmigo. Pero yo sabía muy bien lo que estaba pasando ahí dentro. El tío era un maltratador de manual y la estaba aislando para quedársela toda y asegurarse de que nunca le dejaba por otra persona ni hacía nada que no lo involucrara directamente.

Aunque yo intenté abrirle los ojos a mi amiga, el cabrón de Alberto le había comido la cabeza a base de bien, así que no había manera. La gota que colmó el vaso fue cuando la vi con un golpe en la mejilla cuyo origen no me quiso revelar.

Ese mismo día le esperé delante de su casa y le pegué una paliza. Le rompí dos dientes y una costilla. Se me habían despellejado los nudillos por los puñetazos, pero no me importó. No paré de pegarle hasta que me prometió que no pensaba volver a acercarse a Inés.

Me puso una denuncia, claro, y fuimos a juicio. Mi madre tuvo que pagarle una indemnización y el juez me amenazó con meterme en un centro de menores si volvía a liarla, pero por suerte Inés salió a mi defensa y confesó el maltrato y el control al que él la había sometido. Aunque mi agresión seguía siendo ilegal, el juez se ablandó lo suficiente para dejarme ir con un aviso y antecedentes.

A Alberto no le pasó nada. La costilla se le curó y sus papis le pagaron un par de implantes nuevos para que su preciosa dentadura siguiera como siempre. Pero no se ha vuelto a acercar a Inés desde entonces y espero que a ninguna otra chavala.

Por suerte, Inés ha aprendido de la experiencia y participa como voluntaria en grupos de apoyo a jóvenes víctimas de maltrato. Lo malo es que estoy segura de que está viendo un montón de señales de peligro en mi relación con Iván, y aunque no le faltan motivos no puedo decir que pueda convencerla de que no es así y que yo controlo más de lo que parece.

—Tía, Natalia, ten mucho cuidado...

—Que sí, que lo tengo, no te preocupes —digo con una sonrisa.

—Te lo digo en serio. No solo porque el tío sea el novio de tu madre; eso es lo de menos. Es que por cómo me lo cuentas, tiene pinta de que ese Iván es un dominante que te va a hacer la vida imposible en cuanto le dejes.

—¿No será al revés?

—Además, es un maleante.

—Mi madre también.

—Sí, pero es distinto. Tu madre siempre intentaría protegerte, pero ese hombre... Me da la impresión de que en cuanto te dejes hacer lo que él quiera, aprovechará para hacerte daño. Es muy mayor, y eso solo puede llevar a una relación desequilibrada en la que tú nunca tendrás el poder del todo. Desconfía de los hombres que se van con chicas jóvenes, Natalia...

—Pero en este caso es la chica joven la que se quiere liar con el hombre mayor.

—Sí, porque son muy atractivos y tienen pasta y poder. Pero ese es el problema. Mientras sea más fuerte y maduro que tú, tendrá la capacidad para doblegarte y obligarte a hacer lo que él quiera.

No le falta razón, pero en este caso estoy bastante segura de que yo llevo la voz cantante. Él ha intentado imponerse a la fuerza y yo se la he devuelto con creces. Cualquier intento de parecer un macho conquistador y peligroso ha fallado. A mí esas cosas no me impresionan tanto como Inés e Iván creen.

—Tampoco es que importe demasiado —le digo, para quitarle hierro al asunto—. Iván se ha acojonado tanto después de besarme que aparte de huir pasa de mis mensajes. Creo, aunque me gustaría lo contrario, que esto ha muerto antes de empezar.

—No estoy tan segura. —Inés me frota el brazo—. Natalia, cielo, ¿no te acuerdas de que esto nos pasó a ti y a mí hace unos años? ¿No era yo la que te decía que todo estaba bien y que no tenías de qué preocuparte? No importa lo fuerte que crees que eres. Le puede pasar a todo el mundo.

Sonrío. A lo que menos tengo miedo es a lo que él pueda hacerme, pero agradezco su preocupación por mí. Le beso en la mejilla.

—Tienes mi permiso para darle una paliza si alguna vez notas que se está pasando conmigo.

—Ya, claro. Como no le mate a pisotones... —murmura ella, y yo me río.

Al final termina por secundarme y reímos juntas. Nos tomamos el café y hablamos un poco de todo, y al despedirnos para irnos cada una a nuestra facultad noto que me vibra el teléfono.

Es Iván. Quiere quedar conmigo.

—¿Dónde estás? —me pregunta con voz rasposa.

—En la facultad.

—Espérame. Voy a buscarte ahora.

Me cuelga. No me dice para qué ni por qué ahora, así que supongo que tengo que aguardar a su llegada. El pulso se me acelera pensando en él. No sé en qué estado va a llegar ni qué pretende hacer conmigo. Lo mismo se lo ha pensado y va a exigirme que me aleje de él o va a amenazarme de verdad, en plan con pistola y todo, para que lo de ayer no se vuelva a repetir.

O podría ocurrir que haya pasado una noche tan entretenida como la mía y que haya preferido jugársela a continuar sufriendo la comezón entre las piernas al saber que voy a estar siempre al alcance de la mano sin poder tocarme jamás.

Espero en uno de los bancos cercanos a la carretera que viene del centro de la ciudad. Tengo memorizado su coche. Estoy tan nerviosa que ni siquiera puedo mirar mi móvil para pasar el rato. Ojalá Inés se hubiese quedado un rato conmigo, aunque fuera para tener a alguien con quien decir burradas en un intento de salvar la tensión y el nerviosismo.

Veo el Audi A4 acercándose a mí a gran velocidad. Se detiene con una clavada de frenos y casi derrapa un poco. El caucho de las ruedas rechina contra el asfalto y un par de estudiantes se dan la vuelta para ver qué está ocurriendo.

Iván está dentro del coche y me mira igual que ayer. No baja la ventanilla ni me hace gestos. Supongo que quiere que suba. Abro la puerta y me dejo caer en el asiento del copiloto. Antes de que pueda ponerme el cinturón de seguridad, él ya ha acelerado.

Peleo con él antes de salir del circuito de la facultad en dirección a las afueras.

—¿Me vas a llevar otra vez al descampado? Ayer tuve que esperar una hora entera para coger el autobús de vuelta a casa —digo entre dientes.

—No —contesta, y no dice nada más.

No pregunto. Me cruzo de brazos mientras la ciudad pasa frente a nuestros ojos y nos alejamos de mi siguiente clase y de mis responsabilidades. Supongo que él también lo hace de las suyas. Está muy serio y clava las manos en el volante como si quisiera arrancarlo. Se ha cambiado de camisa y de traje, pero sigue teniendo ese aire de macarra reconvertido en ejecutivo que tanto me atrae. Hoy no me atrevo a tocarle. Todo esto es tan excitante como peligroso.

Toma un desvío y al cabo de unos minutos veo aparecer ante nosotros un hotel de cinco estrellas que se anuncia con un enorme cartel hacia la carretera. Iván aminora y entra en el parking del hotel. Mi estómago se encoge. Le miro de reojo, pero él no me responde, así que me remuevo incómoda en el asiento. Entre mis piernas se inicia un cosquilleo insoportable que me acompaña mientras Iván da sus datos en recepción para pedir una habitación, y mientras subimos en el ascensor

en silencio.

De cerca puedo oler su colonia. Es de estas fragancias caras y secas cuyos anuncios son en blanco y negro y muestran a tíos duros haciendo cosas extrañas. Veo que la vena del cuello de Iván palpita de prisa, y me doy cuenta de que está tan excitado como yo. Aunque actúe como si tuviese las riendas en todo esto, sé que no es cierto. Él ha venido por lo que yo empecé ayer. Quiere que la sangre brote de ese labio y quiere que sean mis dientes los que lo provoquen. Y yo quiero que él me demuestre de lo que es capaz, de que me trate como algo más que a una muñeca.

Abre la puerta de un movimiento rápido y pasamos al interior. Es una habitación cara y con todos los lujos. A la derecha hay un baño completamente amueblado con lo que parece una bañera de hidromasaje. La habitación se amplía hasta parecer casi un salón con una cama. Las ventanas son amplias y la luz que entra por ellas está difuminada por las cortinas.

Iván se quita la chaqueta y la deja sobre la silla.

—Entonces... ¿sí? —le pregunto con voz ahogada.

—¿Tú qué crees? —inquire mientras se desabrocha la camisa lentamente. Me sonrío y él niega con la cabeza—. Te lo he advertido. No soy como cualquier otro. Cuando acabe contigo, dudo que puedas repetir.

Me echo a reír.

—Tal vez sea al contrario. Tal vez, cuando yo acabe contigo, tú seas el que no pueda más.

Se ha terminado de quitar la camisa y ahora puedo ver su torneado torso. Tiene los hombros anchos y los pectorales marcados, con una leve capa de vello oscuro y a veces plateado. Lo más llamativo son sus brazos. No los tiene tan musculados como el dependiente de su tienda, pero sí lo suficiente para que los impresionantes tatuajes luzcan a la perfección. El tatuaje japonés avanza sobre su pectoral y se perfila en redondo sobre él. En el vientre tiene otro que no me imaginaba: es una calavera en llamas, en blanco y negro, que no está tan bien tatuado como el resto. ¿Quizá fuera el primero?

Iván se acerca y yo tengo que apartar la vista de los tatuajes. Me sujeta de la nuca y me acerca a su cara.

—Te he advertido. Ahora sufre las consecuencias.

—Quizá es que estoy buscando esas consecuencias —digo, sin poder evitar la provocación, y veo un brillo de malicia en sus ojos.

Me besa con pasión, tan ansiosamente como ayer. Pero esta vez yo puedo tocarle la cintura desnuda y la espalda, clavar mis uñas en ella. Él no hace un gesto de dolor. Sigue buscando mi lengua con la suya con ansiedad, apretándome contra su cuerpo sin cuidado. Si sigue aplastándome me hará daño, pero no quiero retirarme. No quiero que piense que soy una muñequita de porcelana que no puede soportar lo que sea que tiene que ofrecerme.

—Ahora vas a ver lo que es follar con una bestia —murmura contra mis labios.

Tira de mi jersey y prácticamente me lo arranca. Hace lo mismo con la camiseta. En menos de diez segundos estoy medio desnuda y mi piel se eriza en una queja. Iván sonrío. Sus dientes buscan

mi cuello y lo muerden sin cuidado mientras sus dedos desabrochan mi sujetador y liberan mis pechos.

Baja la boca por mi clavícula y mi esternón y toma mis pezones en la boca. Los succiona y manosea sin cuidado. Los tengo sensibles y me duele, pero cuando intento apartarme no me deja. Sus dientes vuelven a clavarse en mi piel y lo único que puedo hacer es dejar escapar un gemido y hundir mis dedos en su pelo salpicado de gris.

—Joder, ten cuidado —le murmuro.

Aunque no me muerde con tanta fuerza en esa zona, se venga en mi cuello. Mis pezones erectos se endurecen aún más cuando nuestros pechos se encuentran. Sus manos bajan por los pantalones y me desabrochan el botón del vaquero de un solo movimiento. Tiran hacia abajo y me desnudan al instante, bragas y pantalones incluidos.

Ahora estoy completamente desnuda delante de él y puede ver que no tengo el cuerpo de una modelo frágil, sino de una luchadora a la que esto le gusta tanto como a él. Le miro con intención, sonriente. Iván me empuja contra la cama con tanta fuerza que por un momento creo que me he golpeado contra el suelo. Pero, en lugar de eso, lo que hace es atacar mi vientre con su boca y abrirse paso entre mis muslos abriéndome las piernas sin cuidado ni permiso.

—Tienes coño de princesa —me dice al mirarlo—. Casi da pena estrenarlo.

—No lo estás estrenando tú precisamente —le contesto mientras le enseño los dientes.

Iván no me contesta: en su lugar, hunde la lengua entre mis pliegues y los devora con ansia. Por suerte prescinde de los dientes, pero esa es toda la delicadeza que me proporciona. Succiona mi clítoris y mis labios, lame toda la superficie como un remolino húmedo y prueba mis fluidos con gusto. Yo gimo y me retuerzo. Nunca me he podido resistir a los hombres que hacen sexo oral con ganas. No se parece ni remotamente a los que lo llevan a cabo como un deber. Como con todo, se nota cuándo hay verdadero esfuerzo.

Iván tiene la boca y la barbilla empapada, pero no se detiene. Hunde dos dedos dentro de mí y me penetra con fuerza mientras sigue estimulándome con la boca. Mi cuerpo se retuerce y encojo los pies tan fuerte que noto un tirón. Sin poder evitarlo, me corro sonoramente. Gimo y me convulsiono, pero él no me suelta. Sigue ahí abajo, cabalgando mi placer y lamiéndome como si no hubiera mañana.

He empezado a sudar sin darme cuenta. Intento apartarme porque estoy sobreestimulada, pero él me sujeta por las caderas con avaricia.

—Te he dicho que te rindieras a las consecuencias.

Ahora empieza la verdadera tortura. Su lengua sigue acariciándome, pero mi cuerpo se resiste a volver a sentir placer. Me retuerzo y protesto, pero Iván continúa. Dejo escapar un gruñido de molestia que suena casi a sollozo y le golpeo con el pie en el hombro. Él no se quita de entre mis piernas.

En algún momento, mi cuerpo se adapta y deja de sentir molestia para volver a notar el cosquilleo agradable de la excitación. Mis gruñidos se vuelven gemidos, sobre todo porque ha añadido un tercer dedo a mi abertura y lo mueve con la velocidad y firmeza de un taladro hidráulico.

—Fóllame ya —suspiro, y él sonrío.

—¿Qué te hace pensar que voy a obedecer lo que tú me digas?

—Tienes que tener ganas...

—Sí, pero cuanto mayor es la anticipación, mayor es la recompensa.

No sé cómo, pero consigue hacer que me corra otra vez. Es un orgasmo agónico, más corto y menos intenso que el anterior. Entre gemidos y protestas, me derrumbo y todo mi cuerpo se entumece. Esta vez, Iván me deja cerrar las piernas y se aparta de mí. He desecho la cama con mis tirones y la colcha está empapada de mi sudor. Él todavía lleva puestos los pantalones y no parece cansado.

Ahora sí que tengo miedo.

Se echa a reír y tira de mis tobillos otra vez para atraerme hacia él. Me besa. Su calor es asfixiante, igual que la humedad de su boca, pero yo no tengo fuerzas para resistirme. Me toma de las muñecas y las pone por encima de mi cabeza.

—Ahora sí que te voy a follar. Te voy a follar como no te han follado en la vida. —La cabeza del dragón de su brazo me mira como si fuese a devorarme. Mi pecho sube y baja con rapidez. Estoy nerviosa. La mano que no me sujeta las muñecas baja por mi vientre y roza mi clítoris, lo que hace que me remueva con los dientes apretados—. Te lo advertí. —Sus dedos bajan y vuelven a entrar en mi vagina, bombeando suavemente antes de salir y bajar hasta mi culo, donde tantea con los dedos húmedos—. ¿Esto también lo han estrenado antes, princesita?

Le sostengo la mirada con desafío. Aprieta los dedos lo suficiente para que mis músculos se relajen y pueda introducir la punta de uno. Todo mi cuerpo reacciona con un estremecimiento aunque yo no quiera.

—Ya veo que sí —responde con una sonrisa sin dejar de mover los dedos.

Vuelvo a gemir. Él retira la mano y me da la vuelta sin miramientos. Me tropiezo de boca con el colchón y trato de clavar las rodillas, pero Iván me abre los muslos de tal manera que no puedo dominar mis propias piernas. Sentir su mirada sobre mi espalda desnuda y mis muslos abiertos me hace estremecerme.

Por encima del hombro alcanzo a ver cómo se desabrocha el pantalón y se lo baja. Observo un abultado slip que no deja demasiado a la imaginación. Se lo baja despacio; sabe que le estoy mirando y quiere prolongar la sorpresa todo el tiempo que pueda.

Mi entrepierna palpita deseosa cuando veo su erección en todo su esplendor.

—Espero que hayas traído condones —le digo desde el fondo de la garganta—. No quiero quedarme preñada a los veinte, como mi madre.

—Tranquila, princesita. —Me enseña un envoltorio de plástico cuadrado y sonrío antes de abrirlo. Se lo pone en la punta y lo desenrolla en un segundo—. A mí tampoco me gustan los críos.

—Parece mentira —contesto. No puedo evitar provocarle.

Su respuesta es tirar de mi cadera y aplastarme contra la cama. Sus labios se acercan a mi oreja.

—Si no es para gemir, no abras la boca.

Siento cómo me penetra de inmediato. No es gentil, no es cuidadoso. De haber sido menos experimentada o estar menos mojada, me habría dolido. Lo noto entrar sin ambages, fuerte, hasta el fondo. Su respiración agitada me arde en el oído. Su pecho roza mi espalda y su peso me tiene inmobilizada. Sus dientes me muerden la oreja y pronto empieza a moverse contra mí.

Los pies casi rozan el suelo, pero él me tiene sujeta de tal manera que no es necesario que lo hagan. El choque de su cadera contra la mía me enloquece. Está tan dentro de mí y es tan fuerte que siento que me va a romper, que voy a explotar. Gimo sin poder evitarlo. Ya no hay quejas ni protestas, solo placer. Sus brazos me rodean y sus manos me sujetan de la mandíbula. Gruñe cada vez que entra y sale. Sus mordiscos cada vez son más fuertes y yo apenas logro contener los gritos.

Quiero que pare y a la vez no quiero. Si sigue así, creo que me va a matar, pero quiero que me mate. Iván tenía razón. Nunca me habían follado de esta manera.

Cambia y pasa de penetrarme deprisa a hacerlo en oleadas espaciadas, aunque todavía más profundas y potentes. Cada vez que entra lo siento colmarme. Cierro los ojos. Lo único que logro escuchar son sus jadeos, que me rodean por todas partes. Las vibraciones que me proporciona la penetración me hacen retorcerme de placer, y la sensación de estar a merced de una bestia como Iván me lleva al paraíso.

Pero todavía no hemos terminado. Iván me lo ha advertido.

Sale de mi interior con un chapoteo y yo me encojo por la sensación de súbito vacío que me abrumba. Iván toma mi propio flujo en los dedos y humedece mi culo con él. Estoy tan excitada que ni siquiera me importa la falta de lubricante. Además, se toma su tiempo hasta que mis músculos están tan relajados que le caben los dos dedos sin problemas.

—Llevo queriendo follarte el culo desde que te lo vi por primera vez —ronronea en mi oído—. Es una suerte no tener que esperar.

—Puedes darle las gracias a mi exnovio —respondo en un gemido.

Entra con dificultad, pero con más cuidado que antes. Escuece; tardo en acostumbrarme a acomodarlo, pero me acaricia el clítoris hasta que le tengo dentro por completo y el dolor se difumina.

—Igual lo hago —me susurra con la voz ahogada de placer.

Sus embestidas son más calmadas al principio, pero yo muevo la cadera para animarlo y enseguida recupera la energía inicial. La sensación es distinta, pero muy intensa. No tardo nada en comenzar a gemir otra vez, tan fuerte que me veo obligada a morder la colcha para no gritar.

Él también se está animando. Sus jadeos se vuelven gruñidos y luego gemidos. Le oigo murmurar lo mucho que le gusta mi cuerpo. Sus manos recorren mis costados y mi espalda, y bajan de nuevo entre mis piernas para acariciarme el clítoris hasta que vuelvo a correrme. Y esta vez es mucho más fuerte que antes.

Él me acompaña y sigue penetrándome hasta que los dos nos deshacemos en la profundidad del orgasmo. Me clava los dientes en los hombros y los dedos en los muslos, y tiembla sobre mí hasta

que se queda quieto.

Se aparta y se deshace del condón antes de tumbarse en la cama cuan largo es. Yo hago lo mismo. La habitación parece girar alrededor de nosotros. Me duele la entrepierna, el hombro y todas las partes en las que me ha mordido. Pese a todo, estoy contenta. El orgasmo me ha dejado medio colocada y la sensación de haber cumplido una fantasía me llena de felicidad.

Me acabo de tirar al novio de mi madre y no puedo decir que me arrepienta en absoluto.

Iván se enciende un cigarrillo. No se ha molestado en ponerse ropa interior: es de esas personas a las que la desnudez les sienta bien y les parece cómoda. Me ofrece, pero lo rechazo. Salvo algún porro ocasional, el tabaco nunca me ha gustado.

—Vaya, qué sorpresa. Tu madre fuma como una chimenea.

—Es lo que tiene haberse quedado preñada a los veinte y que al padre se lo lleven a la cárcel. Necesitas algo para calmarte. Por suerte no le dio por las drogas duras.

—Esas prefiere venderlas.

—Como tú, ¿no?

—Sí.

Paso de liarme con yonquis, la verdad. Mi madre tampoco lo habría hecho. No sería el primer tío que le sale rana por pasarse encocado todo el día o por darle a la aguja. Son malos para el negocio y gastan más dinero del que ingresan. Y encima, por lo que me dijo un día que llevaba unas cuantas copas de más, los tíos drogados son un coñazo en la cama.

Me alegra ver que Iván no es de esos.

—Es mejor que no fumes. Te deja los dientes amarillos y te jode los pulmones.

—¿Vas a empezar con los consejos paternos?

—No, princesita. Estaba haciéndote un cumplido. Eres una chica lista.

Flexiono los brazos detrás de mi cabeza.

—Sí que lo soy. Te lo dije. Nada de lo que hagas va a sorprenderme o a asustarme. Tengo aguante de sobra, ¿sabes?

—Ya veo. A ver si dices lo mismo dentro de un rato.

Enarco una ceja.

—¿Quieres follar otra vez?

—Ya te he dicho que soy una bestia. No creo que puedas seguirme el ritmo por mucho que fanfarronees al respecto.

Sonrío, pero lo cierto es que me duele la entrepierna y dudo mucho que pueda recibir penetración al menos hoy. Ha sido un bruto, tal y como esperaba. Me hace sentir satisfecha... pero es una pena que tengamos que hacer una pausa al menos para repetir eso.

—Ya veremos lo que se puede hacer —digo con una sonrisa.

—No podemos tener una relación —dice él abruptamente mientras sujeta el cigarrillo con dos

dedos. El humo azul flota delante de su cara—. Eso lo sabes, ¿no?

Asiento.

—¿Qué creías, que te iba a pedir que me llevaras al cine?

—Probablemente lo mejor sea que después de follar hoy no volvamos a hacerlo.

Frunzo el ceño y me encojo. Eso no me ha gustado nada. Él sigue estirado y sin preocupaciones, como si nada de esto le hubiese afectado.

—Dudo mucho que puedas aguantarte las ganas —gruño—. También dijiste eso ayer, después de besarme. Creías que ibas a poder mantenerme al margen, pero el que has venido en busca de más has sido tú.

Entrecierra los ojos, molesto.

—Llevas provocándome desde que nos conocimos.

—Y si quisieras podrías haberte guardado la polla en los pantalones. Nadie te ha obligado a llevarme al descampado ni a traerme aquí, guapo. Si hemos follado ha sido de mutuo acuerdo, por mucho que te joda. No me estás haciendo un favor. Te lo estás haciendo a ti.

Iván coge el cenicero que reposa sobre la mesita de noche y deja caer la ceniza en él. Parece tranquilo, pero por su mirada pasa un fantasma de ansiedad.

—Natalia, eres la cría de la mujer con la que tengo que casarme.

—¿Y?

—Que si no te das cuenta de que esto es imposible, o en el mejor de los casos, no muy recomendable, es que eres más inmadura de lo que crees.

Sonrío.

—Pero tío, ¿de qué vas? Ya te he dicho que no estoy soñando con un príncipe azul ni con citas románticas. Podemos echar un polvo como estos de vez en cuando y mi madre no tiene por qué saberlo nunca. Ella tampoco te quiere, ¿vale? No es una gran traición.

—Cuando nos casemos, vamos a vivir juntos. ¿Tú crees que esto va a salir bien si en cualquier momento nos puede pillar Victoria follando por los rincones?

—Pues entonces haberlo pensado mejor antes de empezar. Ahora ya no hay vuelta atrás. —Me acerco a él y le miro a los ojos—. Te ha encantado follarme, no mientas. Llevabas soñando con ello mucho tiempo y por fin lo has conseguido. Uno no renuncia a sus sueños tan fácilmente. ¿Vas a poder aguantarte las ganas mientras vivimos juntos? Si lo dejamos ahora, ¿vas a poder evitar arrancarme las bragas cuando mi madre no mire?

Iván aparta la mirada y apaga el cigarrillo en el cenicero. Lo deja de nuevo en la mesita de noche y se incorpora. Parece que he dado en el clavo. Por mucho que a él le gustase tener el control sobre esto, todo apunta a que no va a ser tan fácil.

Por mi parte, lo que he dicho es cierto. Después de saber cómo folla, no voy a poder dejarlo escapar tan fácilmente, y menos aún si vivimos juntos. A mí no me basta con un revolcón para

quitarnos las ganas. Yo, cuanto más follo, más quiero follar. Y si él tiene tanto apetito como yo, sé que sufrirá el mismo destino.

—Esto ha sido un error —dice en voz baja.

—Sí. Ahora lo que hay que hacer es ser consecuentes con él.

Le beso en la boca. Sabe a tabaco y me disgusta, pero sus labios son demasiado carnosos y atrayentes como para parar. Busco su lengua y él me imita. Sus manos me rozan la cintura y me tocan el culo, atrayéndome hacia él con seguridad. Ahora que me deja tocarlo, puedo disfrutar de la tensión de sus músculos y la suavidad de su vello y su piel. Rozo con los dedos sus pezones y paso las uñas por los abdominales firmes y sus costados, haciéndolo vibrar.

No ha hecho falta demasiado para que vuelva a empalmarse. Tomo su miembro en la mano y sonrío contra su boca.

—¿Y querías dejarlo cuando te pones así con un besito de nada?

Iván busca un hueco entre mis piernas para acariciarme, pero en cuanto me toca siento un escozor agudo que me obliga a apartarme. Él se ríe.

—Te había dicho que te rompería.

—No está roto, solo fuera de servicio —digo—. Has sido muy bruto.

—¿Cómo de buena eres con la boca? ¿Tanto como yo?

—Soy mejor. ¿Quieres que te lo demuestre?

Se ríe.

—Por supuesto. Adelante.

Se aparta de mí con un beso en los labios y se arrellana sobre los almohadones mientras espera a que le demuestre mis dotes. Le acaricio el pecho y el vientre y trazo un camino húmedo por él hasta llegar a su erección. Allí me dedico a excitarlo con lametones lentos hasta que está duro como una piedra y suspira cada vez que muevo la lengua. Lo tomo en la mano y abarco con la boca tanto como puedo. Él gruñe cuando tengo toda su longitud en mi garganta, y vuelve a suspirar cuando me retiro y dibujo círculos en su glándula mientras bombeo con la mano.

—No está mal —admite. Sus manos me acarician la espalda y los labios, y yo lamo sus dedos en una pausa, obediente—. Pero estoy acostumbrado a ser más activo en todo.

Se levanta y se acerca al costado de la cama mientras sonrío. Me toma de la nuca y me atrae hasta su erección, y prácticamente me guía para que mueva la lengua como a él le gusta. Esto me proporciona una nueva excitación distinta a la de hacer una mamada. No estoy acostumbrada a que los hombres me dirijan en la cama de esta manera, pero con Iván me siento cómoda. Se nota que es un director nato y que sabe buscar su placer.

—Te voy a follar la boca —me anuncia—. Agárrate a mis piernas. Si necesitas respirar, dame dos palmadas.

Le miro a los ojos y considero lo que me ofrecen. Era lo que estaba buscando, ¿no es verdad?

Desde abajo, su cuerpo parece poderoso y joven, pero su rostro está curtido por la experiencia. Confío en él. Quiero saber lo que puede hacer conmigo.

Asiento y me acomodo para albergarlo en la boca lo mejor que puedo. Él se toma su tiempo y deja que lo paladee sin forzar nada. Su mano está en mi nuca como un recordatorio constante de que él manda. Ahora, como antes, soy casi de su propiedad. Una muñeca que está aquí para complacerle, casi inmóvil. Pero es solo una ilusión. Si de verdad lo fuera, él no me habría llamado. Las muñecas le dan miedo. Su energía y su pasión pueden romperlas. Pero las princesas oscuras como yo estamos preparadas para tipos como él, y los deseamos.

Cuando él decide penetrar mi boca, yo me dejo hacer y cierro los ojos. La postura me permite respirar y no resulta desagradable. Al contrario: el cosquilleo en los labios y la lengua es agradable, igual que el sonido de sus jadeos entrecortados y el roce de su mano en mi nuca. Solo cuando él entra por completo tengo que aguantar la respiración durante algunos segundos, pero se retira antes de que necesite el aire. Estoy acostumbrada a hacer esto bajo mis propios términos, de modo que no me provoca arcadas. Si me relajo y espero, es enormemente excitante para ambos.

Veo en sus ojos, que no se apartan de los míos, lo mucho que está disfrutando con esto. Me pregunto con qué otras mujeres se ha estado acostando hasta ahora. Si cree que es tan bruto y que las chicas corrientes no pueden soportarlo, debe de haber tenido difícil encontrar una pareja adecuada. Quizá haya estado solo con putas. Después de todo, además de traficante de drogas y armas, le pega ser un putero. Pero algo me dice que no es así. Se nota que le gusta complacerme y que no busca solo el placer para sí mismo.

Cada vez gime más fuerte. La tensión de su mano en mi nuca es mayor, y sus entradas más profundas. Le sujeto las piernas y succiono con más intensidad. Él no tarda en correrse sobre mi lengua en oleadas mientras su mano se cierra en mi nuca y su cabeza se vuelve hacia el techo, gimiendo de placer. Trago y me aparto para secarme la boca con el dorso de la mano antes de tumbarme otra vez en la cama.

Él me imita, sudoroso y feliz. Me toma de la mandíbula y me da un beso profundo e intenso.

—¿Eso significa que lo he hecho bien? —pregunto solícita.

Iván se coloca sobre mí y me aparta los muslos con las manos. Después de besarme otra vez en la boca, desciende para volver a darme placer. Supongo que eso significa que sí.

Nos pasamos las siguientes dos horas follando de maneras diferentes. Él es insaciable y yo, a pesar de la cantidad de orgasmos que me proporciona, no tengo inconveniente en seguirle.

Al final, a pesar de que mi entrepierna proteste, volvemos a practicar la penetración en dos posturas diferentes y acabamos tan cansados y satisfechos que creo que podemos aguantar durante los siguientes tres días sin volver a follar.

Nos duchamos juntos, pero sin pasar a mayores. Iván enjabona mi cuerpo y roza las marcas que me ha dejado con sus labios, como si intentase curarlos después de haberlos provocado. Voy a tener que llevar fular durante esta semana, pero no me importa. Me va a molestar más el dolor de la entrepierna; sentarse igual es complicado. Y, aun así, estoy feliz y satisfecha, y no me arrepiento de nada de lo que ha pasado entre nosotros.

Mientras nos secamos, antes de volver a vestirnos, Iván recibe una llamada de móvil. En la pantalla alcanzo a leer "Victoria" antes de que coja con gesto arisco. Se aleja para contestar sin que yo le escuche, pero tengo el oído entrenado para chismorrear las conversaciones ajenas. Consigo entender algo acerca de que los rusos están causando problemas y que Iván tiene que irse a alguna parte a negociar no sé qué.

Suspiro. Iván se despide de mi madre con sequedad y se vuelve hacia mí con una de sus miradas intensas.

—Tengo que irme. Me ha salido un asunto que no puedo eludir.

—¿Ya están liándola los rusos?

—Eso no te importa. —Se pone el traje en un momento y se calza antes de acercarse a mí y acercarse para besarme. Al tiempo que sus labios rozan los míos, su mano se cierra en mi pubis—. Más te vale no decir nada sobre esto y menos a tu madre.

—No hace falta que me lo repitas, Iván. No soy idiota —respondo sin sentirme intimidada.

—Si te pregunta por las marcas, invéntate algo.

—¿A ella no se las dejas?

Su dedo me roza los labios y me mira con una sonrisa lobuna.

—Estás haciendo que me entren ganas de hacerte más todavía.

Se separa de mí y recoge la chaqueta antes de abrir la puerta.

—No te quedes a dormir aquí. No quiero que tu madre sospeche nada.

Se marcha con esa despedida igual que ha venido, silencioso y hosco. Yo bufó con una sonrisa. Todavía no se ha dado cuenta de que no soy una muñeca tonta. ¿Qué voy a tener que hacer para demostrárselo?

Le he contado a Inés por WhatsApp lo que ha pasado entre Iván y yo aunque no le he dado detalles. Prefiero contárselos en persona. Me ha invitado a ir a su casa para tomar algo juntas y oír de primera mano todo lo que Iván y yo hemos hecho. Sé que él me ha ordenado que no se lo cuente a nadie, pero sé que puedo confiar en mi mejor amiga. Además, seguro que ella está mucho más preocupada por la relación que podríamos haber iniciado que por el hecho en sí. Es mi amiga y se preocupa por mí, pero yo sé que no tiene por qué.

Sé más sobre los hombres y la vida de lo que cree. Iván es un canalla. No aspiro a que sea mi príncipe azul; ya lo he dicho. Ni siquiera aspiro a que sea nada mío. Nada más que mi amante, quiero decir. Lo único que quiero es saciar mis ganas de él, que aparecieron en cuanto le miré a los ojos por primera vez. No le permitiré que haga nada conmigo que yo no quiera. Puede que sea un hombre rudo acostumbrado a hacer cosas ilegales y a mandar en su negocio de la droga, pero yo soy la misma chica que le partió la cara y los huesos al novio de su amiga cuando se dio cuenta de que le estaba haciendo la vida imposible.

Yo soy una mujer independiente que toma sus propias elecciones. Eso no lo cambiará ni Iván ni nadie. Pero tengo que hacérselo a entender a Inés; me imagino que estará muy pesada durante un tiempo, al menos hasta que se acostumbre a la idea de que me gusta el sexo duro con tíos peligrosos y más fuertes que yo, y que eso no significa que vayan a comerme el tarro ni nada parecido. Soy joven, pero no tonta.

El autobús me deja a unas cuantas calles de la casa de Inés. Ya es de noche aunque aún es por la tarde, y se nota porque hay menos gente caminando por la calle de lo habitual. Yo voy escuchando música en mi móvil y rememorando mi encuentro con Iván. Cada vez que doy un paso me siento dolorida. No solo en mi entrepierna, sino también en los músculos de las ingles y las nalgas. Se nota que me han dado caña.

El recuerdo me hace sonreír. ¿Cómo puede pensar Inés que esto está mal? Si ella supiera lo satisfecha que me ha dejado poder cumplir con mis fantasías, dejaría de ver peligro en cada cosa que hago.

Acorto por un callejón que me dejará delante de la casa de mi amiga y paso por delante de un contenedor rodeado de bolsas de la basura maloliente. Piso una sin querer y explota. Me aparto con un gesto de asco y una maldición y sacudo el pie para quitarme de encima la porquería que se me ha adherido.

Es al darme la vuelta que me encuentro con que hay dos tíos enormes siguiéndome. Y no son del tipo que me gusta, precisamente.

—Mierda.

Sé que estoy metida en problemas de inmediato. Tiro mi móvil al suelo y me coloco en posición de combate. El primer tío, rapado y con barba incipiente, se adelanta para agarrarme del brazo. Es un grave error; mi entrenamiento de Aikido toma la iniciativa. Le agarro de la mano y le

retuerzo el brazo hasta que tiene que soltarme para evitar que se lo parta.

El otro, que pensaba que su compañero podría inmovilizarme, da un paso adelante e intenta sujetarme por el codo. Yo le hundo el tabique nasal en el cráneo con el plano de la mano y le machaco la rodilla de una patada.

El tío acaba por los suelos mientras se sujeta la cara chorreante de sangre. El otro me coge del brazo y me estampa contra el contenedor. Eso no me lo esperaba. Tengo el cuerpo dolorido por las horas de sexo y el esfuerzo y ahora aún más. El golpe me desequilibra y me mareo, algo que él aprovecha para agarrarme del pelo y empujarme hacia abajo.

Mis reflejos de combate me hacen defenderme y atacar a su garganta, pero él hunde la barbilla para evitar que le haga daño de verdad. Este sabe defenderse mejor que su compañero. Vuelve a golpearme contra el contenedor y mis rodillas flaquean. Ahora que me tiene en el suelo aprovecha para darme un puñetazo que me alela aún más.

Dice algo en ruso y se agacha para agarrarme del jersey y tirar de mí hacia el fondo del callejón, donde hay un coche. El otro ruso, que sigue chorreando sangre por la nariz rota, se incorpora y me agarra por las piernas.

—¡SOLTADME, HIJOS DE PUTA! ¡SOCORRO! ¡SOCORRO, ME SECUESTRAN!

Uno de ellos me tapa la boca con la mano y yo le muerdo tan fuerte como puedo. Su grito se oye hasta en mi casa, pero se mueven demasiado rápido para que alguien pueda detenerlos. Me meten en el coche a toda velocidad y me atan las muñecas y los tobillos con bridas de plástico. Mientras tanto, el conductor, que esperaba dentro, ya ha arrancado y nos ha sacado del barrio a toda pastilla.

Yo no puedo ver nada. Mis secuestradores hablan en ruso entre ellos en tono enfadado. Supongo que no se esperaban que yo pudiera defenderme tan bien y al que le he roto la nariz no debe de haberle sentado nada bien la sorpresa. Si no estuviera aterrada, me darían ganas de reírme.

Pero esto es serio. Nunca antes me habían secuestrado, aunque he estado en peleas en las que alguien ha sacado una navaja. Sé que estos tíos han venido a por mí por mi madre, por Iván o por ambos, y que si ellos quisieran podrían hacerme desaparecer en un santiamén. Sé que hay muchas posibilidades de que mañana amanezca troceada en una zanja y eso no me ayuda en absoluto a pensar en una manera de salir de aquí.

Espero que alguien haya visto lo que ha pasado y... y... La verdad, no sé qué es lo que puede pasar. No me fio un pelo de la policía y, aunque pudieran hacer algo, sé de sobra que ni a mi madre ni a Iván les va a gustar que husmeen en sus asuntos. Si Inés se preocupa y se entera de lo que ha pasado, quizá pueda contactar con ellos para pedirles que me busquen. Pero claro, nada de eso tendrá sentido si estos cabrones me acaban matando.

El trayecto en coche dura más tiempo del que me imagino. Oigo lo que parece una autopista y a los tres tipos hablando en ruso. Me han puesto una bolsa en la cabeza, pero me dejan respirar. No noto nada frío y metálico apretándose contra mi cuerpo, por lo que no deben de estar amenazándome con armas. Tal vez ni siquiera las lleven encima.

Intento calmarme. Por mi entrenamiento sé que si entro en pánico estoy perdida. Por el momento, la única persona en la que puedo confiar para salir de esta es en mí misma, y eso voy a

hacer. Nunca he estado en un aprieto tan grande, pero sé que puedo sobrevivir. Soy una tía fuerte, una superviviente nata. He podido con todo lo que me ha echado la vida hasta el momento y pienso escapar en cuanto tenga la oportunidad.

El coche se detiene al cabo de una hora, más o menos. Los rusos hablan un poco más en ruso y abren las puertas. A nuestro alrededor no hay casi sonidos. Muy débilmente se escucha la autopista, así que debemos de haber entrado por un desvío. Quizá estemos en una nave industrial o en una casa de campo o algo por el estilo.

Me hacen andar, pero con los tobillos sujetos por las bridas no puedo hacerlo.

—No puedo —insisto, con la voz más agitada de lo que lo está en realidad—. Necesito... No puedo...

Uno de los rusos le dice algo al otro y noto que alguien se agacha junto a mi pierna. Tira de la brida y lo corta con algo. En el momento en que la tensión que une mis tobillos se afloja, veo mi ventana para escapar. A ciegas, intuyo dónde está la mano del ruso y le pego el pisotón más fuerte del que soy capaz.

El ruso aúlla de dolor. Yo me arranco la capucha de la cabeza y trato de discernir la situación. Estamos los cuatro solos, así que puedo intentarlo. El ruso más cercano, el tío que me ha aplastado contra el contenedor, me insulta en su idioma y trata de sujetarme, pero yo le pateo los huevos tan fuerte como soy capaz y le convierto en un muñeco sollozante en dos segundos.

El ruso que me ha quitado la brida de las piernas coge el cúter y me corta en la pantorrilla. El dolor es agudo y brillante como una llamarada, pero no dejo que me abrume. Aprovecho que él está agachado para patearle la cara y tirarle bocarriba.

El ruso que me queda es el de la nariz rota. Aunque yo tengo las manos inmovilizadas y él no, veo el miedo en sus ojos. Ya ha probado cómo es enfrentarse a Natalia y no quiere volver a por más. Pero aun así, lo intenta. Su duda y su miedo juegan en mi favor. Soy más rápida y estoy mejor entrenada. Le pateo la rodilla que ya le he dejado amoratada antes y lo derribo. Y después le clavo el tacón en la garganta.

La pantorrilla me hace ver las estrellas en cuanto apoyo mi peso sobre ella. Tengo que marcharme de aquí lo más rápido que pueda. Los rusos ya se están levantando y sé que de esta no me voy a librar tan fácilmente. Me agacho para coger el cúter y corro a refugiarme dentro del coche. Echo el cierre de seguridad. El conductor se ha dejado las llaves puestas, así que arranco después de cortarme la brida que me inmoviliza las muñecas.

Ahora es momento de recordar las clases de la autoescuela para el carnet que nunca llegué a sacarme.

Con dificultad, saco el coche del camino de tierra que lleva a un almacén abandonado y giro para reincorporarme a la autopista. La adrenalina recorre mis venas como ya lo ha hecho esta mañana y por motivos muy distintos. Estoy dejando el coche perdido de sangre, pero como es mío ni me molesto. El problema va a ser que si sigo sangrando como un cerdo voy a desmayarme.

Paro en la primera gasolinera que me encuentro y me quito el jersey para improvisar una venda con él. Me ato fuerte las mangas alrededor de la pierna. No es un torniquete, pero tampoco es lo que

busco. En realidad, si no te estás muriendo, es lo peor que puedes hacer.

Salgo del coche y uno de los mozos de la gasolinera me mira asombrado. Antes de que me pueda dar el alto, ya estoy descolgando el teléfono de la gasolinera para marcar el número de Iván.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta mientras se me acerca.

—Estoy sangrando. ¿A ti qué te parece?

El móvil da los primeros toques e Iván no me contesta.

—¿Quieres que llame a una ambulancia?

Si llaman a una ambulancia, la policía quizá haga preguntas. Niego con la cabeza.

—Estoy avisando yo, no te preocupes.

Al quinto tono, Iván contesta a la llamada.

—¿Quién es? No conozco este número.

—Soy Natalia.

—Oye, sabes con quién estoy, ¿no te he dicho que...?

—Sí, me has dicho muchas cosas, pero me acaban de intentar secuestrar unos rusos y estoy sangrando.

—¿Qué?

—Me he escapado y estoy en una gasolinera en el kilómetro... ¿En qué kilómetro estamos? — El chico de la gasolinera me dice cuál es y yo se lo transmito—. Ven a buscarme, joder.

—Espera, ¿te han hecho algo?

—Me han pegado un susto de muerte y me han dado un tajo en la pierna, pero deberías ver cómo han quedado ellos.

—Voy para allá.

—¿Está mi madre ahí?

—No, se ha ido a una reunión.

—Vale. No le digas nada de momento, ¿eh? No quiero que se preocupe.

—¡Pero si te acaban de secuestrar!

—De intentar secuestrar. No quiero que mi madre me dé la tabarra. Te quiero a ti. Ven a buscarme ya.

El chico de la gasolinera me regala un paquete de vendas para que frene la hemorragia. Su jefe se las va a cobrar, pero a él no le importa. Con el susto que le he dado apareciendo de la nada con esta herida, creo que podría sacarle cualquier cosa con la excusa de que me haría sentir mejor. Pero no lo voy a hacer. No estoy acostumbrada a que la gente sea amable conmigo de gratis, así que no quiero aprovecharme del pobre chico. Suficiente es que me hace el favor de darme vendas.

El Audi A4 de Iván aparece al cabo de veinte minutos. Para el coche y sale, pero no me ve hasta que le hago señales. Estoy sentada en un banco fuera de la tienda y tengo frío. El chico de la gasolinera me echa miradas llenas de temor desde el expendedor de gasolina, como si tuviese miedo de que me fuese a morir de un momento a otro. La llegada de Iván no parece convencerle.

El novio de mi madre se para delante de mí y se agacha para mirarme la pierna. He cortado la pernera del pantalón hasta la rodilla con el cúter (total, está tan sucio que tampoco es que pudiera recuperarlo), de modo que puede ver el estado en que me la han dejado.

—Voy a llevarte a casa. —Me mira y me sonrío. ¿Hay miedo en sus ojos? Quizá sí—. Has sido una chica lista al no ir al hospital. Podrías habernos metido a todos en problemas.

—No soy nueva en esto.

Iván me coge en volandas y me lleva hacia su coche como si de un momento a otro fuese a sonar Whitney Houston con su canción de El guardaespaldas. Yo me resisto y trato de bajarme.

—¡Oye, que no estoy paralítica!

—Tienes un corte en la pierna que no te ha dejado de sangrar. ¿Quieres cojear hasta mi coche y tardar el doble de tiempo?

—No te acostumbres a esto —digo entre dientes mientras me dejo llevar.

Me ayuda a sentarme en el asiento del copiloto y hasta me pone el cinturón de seguridad. Yo protesto de nuevo, pero solo consigo que él se ría. Espero mancharle toda la tapicería para que tenga que cambiarla, el muy capullo.

Iván arranca y nos marchamos de la gasolinera. Esta vez no ha puesto la radio. Empieza a llover y activa los limpiaparabrisas. El dolor de la pierna se extiende y se vuelve cada vez más intenso. Espero que tenga unos ibuprofenos en casa.

—¿Qué coño pasa con los rusos? —inquiero.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, no sé, me han intentado secuestrar. Lo último que sabía era que estaban a buenas con mi madre y contigo.

—Están a buenas con mi madre. Conmigo... Las cosas están complicadas.

—¿Por qué?

—No creo que quieras saberlo. Tú no tienes nada que ver en esta historia y casi mejor que sigas así.

—Vale, pero le he pegado una paliza a tres rusos y les he robado el coche. Supongo que a partir de ahora tendré que andarme con ojo al respecto o algo así, ¿no?

Iván suspira.

—Mira, lo que pasa es que estamos teniendo problemas con el nuevo jefe de la banda local. Es el hijo del anterior y quiere demostrar que manda más y mejor que su padre, así que se ha puesto chulo en algunos temas conmigo. Como no puedo dejarme pisotear, me he negado a aceptar sus nuevas negociaciones y ahora está... presionando.

—Presionando.

—Tal vez se hayan dado cuenta de que tú y yo... Quizá nos vieron ayer, u hoy. Lo más probable es que ni siquiera sepan quién es tu madre. Pretenderían chantajearme para forzarme a aceptar las nuevas condiciones. Dudo que te hubiesen hecho daño. De ser así, no habrían conseguido nada.

Sonríó con sarcasmo.

—O sea, que si me hubiesen matado no habrías hecho tratos con ellos. Me quitas un peso de encima.

—No digas tonterías.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? ¿Tienes un médico clandestino esperándonos en tu piso o vas a llevarme a una clínica ilegal?

—Te voy a curar yo mismo.

—¿Sabes dar puntos?

—Claro que sé.

Ahora quiero saber más sobre lo que Iván sabe. Pensaba que sus conocimientos se limitaban al proceso de compra y venta de drogas y armas, pero parece que también puede arreglar las heridas que causa. No me pega demasiado.

Aparca en el parking subterráneo bajo el edificio de apartamentos en el que vive. Es tarde, pero por si acaso espera a que no pase ningún vecino antes de montarme en el ascensor.

—La primera cita y ya me estás trayendo a tu casa... —comento para acallar el dolor.

Él no responde. Cuando intenta cogerme en brazos otra vez para entrarme en el piso, protesto hasta que me permite caminar con su ayuda. Abre la puerta y me conduce hasta el baño, donde me siento en el váter y estiro la pierna sobre un taburete de plástico para que él haga lo que tenga que hacer.

Iván saca de uno de los armarios una bolsa con material sanitario. Se pone unos guantes de látex y usa suero estéril para lavarme la herida antes de curarla con yodo.

—Lo propio sería que te dieran una vacuna del tétanos por si acaso ese cúter estaba oxidado o qué sé yo —comentó mientras prepara el material de sutura.

—Ya, pero yo prefiero jugármela a que no lo estaba. Paso de hospitales, de agujas y de preguntas —respondo.

Iván es sorprendentemente cuidadoso a la hora de coserme. Me sorprende verlo así, tan atento. Después de haberme follado con rudeza y malos modos, cuando me atiende las heridas parece verdaderamente preocupado por ahorrarme dolor y evitar que me pase nada malo.

—¿Dónde aprendiste a curar?

—Mi padre era enfermero —me dice—. Me enseñó a dar puntos cuando era pequeño, antes de que muriera. Siempre me ha atraído la medicina y todo eso.

—Pero acabaste siendo narcotraficante.

—Nunca sabes a dónde te va a llevar el destino. Cuando mi padre murió, mi madre tuvo que tirar limpiando escaleras y bares. Nunca tuvimos mucho dinero y las carreras universitarias no se pagan solas. Además, pronto dejó de interesarme estudiar y pasé a preferir el dinero en mano. Era más rápido que dedicarme diez años a hincar codos para trabajar como un cabrón.

—Ya veo. Pues no lo haces mal.

—Cuando trabajas en lo que trabajo yo, no es raro ver heridas y no tener manera de curarlas si no quieres llamar la atención de la policía. He ido perfeccionando la técnica. Las heridas superficiales no son un problema. A operar ya no me atrevo.

El corte, una vez limpio, no es tan grave como parecía, y tampoco tan largo. Solo hacen falta quince puntos para que se cierre la herida. Iván vuelve a curarla con yodo y me pone una gasa y una venda para mantenerla en el sitio.

—Ahora necesitas reposo. Nada de usar esa pierna en varios días si no quieres que se te salten los puntos.

—Vale, ¿y qué le voy a decir a mi madre?

—No lo sé. Ven. Voy a llevarte al salón. Al menos querrás ver la tele.

Me carga otra vez y me deja en el sofá con la pierna en alto. La verdad es que tiene una casa chula, justo como me esperaba de un narcotraficante con dinero. Se nota que paga los muebles de diseño al contado. El sofá de cuero es cómodo y la tele tan grande y con una resolución tan buena que puedo contarles los poros a los presentadores del programa que aparece cuando la enciendo.

—Igual debería llamar a mi madre ya, pero por culpa de los rusos he perdido el móvil. Si le llamo desde el tuyo, va a saber que estoy contigo.

—Llama desde el fijo y dile que estás en casa de una amiga. Ella no tiene este número.

—¿No?

—No, nunca la he traído aquí.

Quiero que me diga más cosas sobre eso, pero primero tengo que avisar a mi madre de que no

voy a ir a dormir a casa. Por suerte, suele dejarme bastante manga ancha en lo de quedarme en casas ajenas y tal, así que cuando le digo que me quedo a estudiar en casa de Claudia no me pone ningún impedimento.

Le explico que el móvil se me ha caído al váter y que está caput. Ella me regaña y prometo portarme bien para que me asegure que me comprará otro. Nos despedimos con un beso y cuelgo.

Iván me mira con atención.

—Mientes muy rápido y muy bien.

—He aprendido por necesidad.

—¿No te da pena mentir así a tu madre?

—¿Y a ti?

Sonríe.

—Touché. Pero al menos yo no la miento en lo que respecta a mis sentimientos por ella.

—No, pero vais a casaros con todo lo que ello implica.

—Bueno, una de las condiciones es que no tendríamos exclusividad. Mientras seamos discretos, podemos estar con otras personas si queremos y no interfiere en el negocio.

—Entonces tú estás faltando a ese acuerdo.

—¿Sí?

—¿Crees que mi madre iba a aceptar como si tal cosa que te acuestes conmigo? Puede que sea una mujer lista y práctica, pero no dejaría que alguien como tú se me acercara.

—¿Y qué hay de esa experiencia y ese carácter del que fanfarroneas?

—Esas cosas son las que una madre nunca quiere saber de su hija. ¿O es que la tuya querría saber a lo que te dedicas?

Toma asiento a mi lado.

—Mi madre está muerta.

—Lo siento.

—Murió hace muchos años y ya era mayor, así que no importa. Pero es verdad, nunca lo supo. No quiso saber de dónde salía el dinero que pagaba al cuidador que vivía con ella en casa. Nos mentimos mucho unos a otros, ¿verdad? Y a nosotros mismos.

—Tú también te mientes a ti mismo.

—¿Eso piensas?

—Te mentiste a ti mismo durante mucho tiempo sobre mí, ¿no? Te juraste que no te me acercarías, que sería malo para el negocio, que sería estúpido. Que me harías daño.

—Bueno, sí. Pero no me equivocaba. Liarnos ha sido un grave error.

—Me tienes harta con tanto lloriqueo, ¿sabes? Te prefería cuando eras un tío misterioso y duro que no repetía sin parar lo mal que estaba lo que hacía.

Recibe el ataque con sorpresa. Sus ojos brillan de rabia. No está acostumbrado a que lo desafíen, y tampoco a que le reprochen nada. Pero, ¿qué quiere que haga? Él es el primero que sabe que está haciendo algo mal... y el primero que se ha tirado de cabeza a hacerlo. Bueno, quizá yo haya puesto un poco de mi parte, pero...

—No sé si te prefería cuando pensaba que no eras una niñaata deslenguada —me responde en un pobre intento de salvar su orgullo.

—No lo preferías. Lo de hoy te ha gustado demasiado, y a mí también.

—¿Incluso a pesar del problema con los rusos?

—Sí, incluso a pesar de eso.

Se levanta y se alisa el pantalón.

—Debería prepararte la cama y darte un pijama limpio. Y también llamar a alguien para que nos traiga algo de cenar. Supongo que los rusos no te invitarían a un poco de pizza.

—Supones bien.

Se marcha, más callado y abatido que antes. No sé si sentirme mal. Tampoco sé muy bien qué va a pasar en las próximas horas. El caso es que estoy en el apartamento de Iván y que todo apunta a que voy a pasar aquí los próximos días, al menos hasta que me sienta capaz de caminar sin ayuda.

En algún momento voy a tener que explicarle a mi madre lo que ha ocurrido y, si no quiero que ella se meta en una guerra con los rusos, decirle por qué. Pero aún es pronto y puedo disfrutar de la calma que precede a la tempestad.

Iván me ha preparado la cama en uno de los dormitorios de invitados con sábanas limpias que huelen a suavizante y también un poco a cerrado. No parece que tenga muchos visitantes, a juzgar por ello. Iván me ayuda a tumbarme y hasta me arropa, pero no me da un beso de buenas noches a pesar de que se lo insinúo. Se marcha, apaga la luz y cierra la puerta.

Estoy tan agotada que caigo dormida antes de lo que me parece. Sin embargo, la tensión del día y el miedo sufrido durante el intento de secuestro me hacen despertar de una pesadilla con un fuerte sobresalto. Miro a mi alrededor y no reconozco la habitación. Por un momento me asalta el temor de que aún estoy secuestrada y que los rusos pueden entrar a por mí cuando quieran.

Me arranco la manta de encima y trato de levantarme, pero la pierna me falla y me caigo de nuevo sobre el colchón. Tengo que usar toda mi fuerza de voluntad y mi resistencia para salir al baño apoyada a la pared. Allí puedo lavarme la cara y beber agua hasta sentirme un poco más tranquila. Estoy en la casa de Iván, a salvo, y ni los rusos ni ningún otro maleante pueden alcanzarme. Ningún otro que Iván, al menos.

Vuelvo despacio a mi habitación, pero antes de cruzar la puerta me lo pienso mejor y entro en la suya. Le veo dormir en la penumbra, tendido en la cama sin pijama y cubierto únicamente por una sábana. Con todo el sigilo del que soy capaz con una sola pierna, salto hasta el hueco que me deja a su lado y busco su calor.

Él se despierta. Pienso que me va a echar con cajas destempladas, pero en lugar de eso me besa el cuello suavemente y me envuelve con su poderoso brazo tatuado, apretándome contra su cuerpo en un gesto de afecto que no me esperaba.

Con él a mi espalda, vuelvo a sentirme segura. Durante el resto de la noche, dejan de asaltarme las pesadillas y el temor a los rusos sin cara. Duermo de un tirón y solo me despierto cuando la luz del día se posa sobre mis párpados.

Cuando me doy la vuelta, Iván está despierto. Me está mirando. Sus manos suben por mi cintura y por dentro del pijama para tocarme el pecho. Sus dedos juegan con mis pezones y los pellizcan hasta que me quejo. Yo froto mi cadera contra la suya. Tiene una erección mañanera (o quizá no, teniendo en cuenta que ha empezado fuerte) a la que podemos darle un uso estupendo a pesar de que tengo la pierna herida.

Sus manos bajan de mi pecho a mi entrepierna. Apenas me ha tocado y ya me he puesto muy cachonda. Tan pronto como sus dedos me rozan, la humedad comienza a fluir y él deja escapar un murmullo de satisfacción.

—Debería quitarte esos pantalones —dice, y yo estoy de acuerdo.

Tira de ellos y me los saca con cuidado para no hacerme daño en la pantorrilla, bragas incluidas. Me quita también el pijama y me toca por todas partes, sin cuidado, pasando por todas partes sin detenerse. Yo me pego aún más a su cadera. Su erección caliente me roza las nalgas.

—Tienes ganas, ¿eh? —susurra en mi oído.

—Sí...

—¿Te voy a hacer daño?

Es una pregunta sincera. Teniendo en cuenta que ayer follamos sin parar y que luego me rajaron unos rusos, es válida. Pero creo que voy a poder permitírmelo. Seguro que el sexo sirve para propósitos curativos, o al menos para alegrarme el día.

—Si no me mueves mucho, creo que no.

—Habrá que tener cuidado.

Se gira para buscar condones en la mesita de noche y se pone uno con la misma destreza de siempre. Me levanta una pierna para tener mejor acceso a mi coño y me penetra tan de golpe como la primera vez. Gimo y encojo los dedos de los pies sin querer, lo que me provoca un tirón en la herida. Al escucharme hacer un sonido de dolor, se para.

—No, está bien. Solo tengo que acordarme de no hacer eso. Sigue, por favor.

Iván está detrás de mí y me sujeta para poder follarme en plenitud. Siento cómo me colma, cómo me taladra sin miramientos. Una vez se ha asegurado de que no me está haciendo daño sin querer (el dolor que me provoca queriendo es otra cosa), se relaja y me folla tan bien como ayer, cambiando el ritmo para que me vuelva loca de placer.

Su mano libre me acaricia el clítoris despacio mientras la otra sujeta mi pierna. La luna del armario empotrado me permite ver cómo entra y sale de mí una y otra vez, cómo me rodean sus brazos torneados y llenos de tatuajes, cómo sus dedos me dan placer con maestría.

Sus dientes muerden mi cuello y buscan mi oreja. Su mano se cierra sobre mi muslo con avaricia, como una tenaza. Miro de nuevo al armario y me concentro en esa imagen. En mí dominada por una bestia que me folla como un animal, sin tregua. Es suficiente para que tenga el primer orgasmo, pero sé que a Iván no le parecerá suficiente.

Cuando me he corrido la primera vez, cambia de postura. Me coloca boca arriba y me levanta las piernas para que mi cadera tenga un ángulo que le permita entrar en mi interior con mayor profundidad. La primera vez que hace eso, me quedo sin aire por la oleada de placer que me recorre. Le veo sonreír sobre mí.

—Vas a tener que tocarte tú —dice mientras me sujeta las piernas.

Llevo mi mano a mi pubis, obediente, y me acaricio el clítoris durante un rato más hasta que vuelvo a estremecerme entre gemidos que más bien parecen sollozos. Esta vez no cambiamos de postura. Iván me sujeta por el cuello, aunque sin apretarme, y me penetra profundamente hasta que él mismo termina con un rugido salvaje.

Se deja caer sobre mí una vez ha anudado el condón y lo ha dejado sobre la mesita. Le noto palpitante sobre mí. Le he clavado las uñas en la espalda y creo que le he hecho sangre, pero no se ha quejado. Me parece que le ha gustado y que por eso se ha corrido tan fuerte.

Busco sus labios y le doy un beso largo y dulce. Él me corresponde. De momento no se vuelve

apasionado y húmedo, como los demás, sino que parece un verdadero beso de buenos días.

—Ojalá me despertara así todos los días —dice contra mi cuello cuando hemos dejado de besarnos.

—Podrías hacerlo, si durmieras conmigo.

Iván se aparta y se deja caer a mi lado. El sudor le perla el pecho y yo se lo acaricio.

—No me gusta demasiado por dónde van esos tiros.

—Bueno. Pero igual es por donde tienen que ir.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, Iván. Tú sabrás lo que haces.

El móvil de Iván suena, impidiéndonos continuar con esta conversación. Él lo coge y se lo lleva al oído. Veo que frunce el ceño y duda, pero escucha todo lo que le dicen con atención.

—Muy bien. Diles que nos veremos hoy a la hora de comer. Que no pienso sentarme en ninguna mesa si Vladimir no está ahí. Avisa a Julián y a Andrés. Voy a necesitar que vengan conmigo.

Cuelga y mira al techo, pensativo.

—¿Qué pasa?

—Los rusos. Parece que después de lo de ayer quieren intentar firmar la paz. Les diste una buena paliza a esos tres, lo suficiente para que Dimitri se piense si quiere seguir presionándome con las cosas que me importan. Creo que quiere reunirse conmigo, pero yo no pienso hacer nada si su padre no está presente. Ese chico es idiota.

—Entonces... Yo soy una de esas cosas que te importan, ¿no?

Iván deja escapar un suspiro.

—Natalia, ya te he dicho que yo no soy uno de esos macarras a los que cambia el poder del amor. Yo no funciono así y nunca lo haré, ¿vale? Esto no es una película.

—¿Pero por qué estás tan emperrado con eso? Nadie te ha pedido que cambies.

—Puede que tú no, pero... Pero quizá yo esté pensándomelo.

Iván se levanta de la cama. Está totalmente desnudo, pero por una vez no me recreo en su figura desafiante. En lugar de eso, busco sus ojos y lo que hay detrás de ellos. ¿Qué está queriendo decir?

—Espera, espera. ¿Qué significa eso? ¿A qué te refieres?

—Sabía que ibas a complicarlo todo —dice mientras se tapa la cara—. Sabía que no tenía que haberte seguido el juego, pero soy gilipollas. Tendría que haber sabido mejor que nadie a dónde lleva esto.

—Iván, ¿me estás diciendo que sientes algo por mí? ¿Algo diferente a solo deseo?

Aprieta la mandíbula y me mira de soslayo, como si acabase de pronunciar unas palabras prohibidas.

—No digas tonterías. Apenas te conozco.

Hay algo en su voz que me hace dudar de que esté siendo sincero conmigo y consigo mismo. ¿Cómo fue lo que dijo anoche? Que nos encantaba mentir y mentirnos. ¿Y si lo que él siente por mí va más allá de un mero revolcón? ¿Y si le gusta de verdad y le gustaría tener algo conmigo, pero no se atreve por todo lo que conllevaría?

La idea me deja sin voz. Iván se va a duchar y a preparar el desayuno y yo me quedo quieta entre las sábanas mientras considero todo lo que implica. Para empezar, quizá yo misma tuviera que pararme a pensar en qué me gustaría hacer con esta nueva información. ¿Merece la pena dejarme llevar y probar suerte o me alejo de este tipo por el cual ya me han intentado secuestrar y que probablemente no me proporcione nada bueno a la larga?

Necesito un café. O mejor todavía: un chupito de vodka.

Me levanto y cojeo hasta la cocina para desayunar. Iván ya se ha tomado el café y se va a vestir. Parece que está intentando evitarme en lo posible, algo que no ayuda en nada a despejar las dudas que se acaban de formar sobre mi cabeza, como nubarrones que anuncian una tormenta.

Él se despide sin un beso, de nuevo con esa sequedad inherente y con una mirada parecida a la de un animal acorralado. Me deja sola en su piso lleno de muebles caros y vacío de todo lo demás sin ni siquiera hacer la cama en la que acabamos de follar.

Tengo que pensar en todo esto, pero pensar no es lo mío. Soy una mujer de acción. Aunque impulsiva, yo siempre reacciono mejor a las novedades si soy la primera en dar el paso. Y creo que ya sé lo que tengo que hacer, aunque pueda conllevar problemas muy graves.

Haciendo de tripas corazón, llamo a mi madre.

Contarle a mi madre que me he acostado con su novio no es fácil. No le digo la verdad del todo. No le hablo de que ayer nos pasamos gran parte de la mañana y de la tarde retozando en un hotel, ni que llevamos comiéndonos con los ojos desde que nos conocimos. Tampoco le digo que me intentaron secuestrar unos rusos porque pensaron que así podrían presionarle para que atendiera a sus exigencias como ellos querían.

No, a veces la verdad tiene límites.

Le explico que ayer tuve un accidente y que Iván me ayudó y me atendió en su casa, que una cosa llevó a la otra y acabamos acostándonos. Le digo que en todo momento me ha tratado bien, que usamos condón y que no era mi intención hacerle daño. Le digo que estoy arrepentida pero que creo que debería saberlo.

Mi madre se queda callada. Tiene que asimilar todo lo que le acabo de decir, y supongo que no es fácil. A estas horas, Iván estará quedando a buenas con los rusos. Mientras tanto, yo, por mi lado, le estoy fastidiando sus planes de negocio al joderle su asociación con mi madre. Y mi madre... Bueno, no tengo ni idea de lo que está pensando mi madre.

Hasta ahora hemos tenido una buena relación. A veces me ha echado broncas por ser un poco chunga y partirme la cara con quien no debía, y puso el grito en el cielo cuando se enteró de que pasaba droga a mis compañeros de colegio usando a sus contactos. Tampoco le gustó cuando estuvieron a punto de empapelarme por romperle la nariz al novio de Inés, aunque lo entendió. Lo que no sé es cómo va a reaccionar a esto.

Toma aire por la nariz y lo echa por la boca. Es evidente que lo que acabo de decirle no le gusta: hay arrugas profundas en su frente, de esas que se supone que no son rivales contra la crema que se aplica todas las noches. Pero bueno, tampoco es que esperase un milagro. Me he tirado a su novio, joder.

—¿Y no había otro con el que acostarte, Natalia? ¿Tenía que ser con Iván?

—No estaba planeado. Simplemente... ocurrió.

—Ya. Pero no te podías haber enrollado con un empresario de esos que van contigo al colegio, o con un estudiante de medicina. Tenías que liarte con un traficante y un criminal, igual que yo. —Niega con la cabeza. Me sorprende ver que, más que celos, lo que he desatado ha sido un ataque de preocupación maternal—. Hija mía, ¿por qué te empeñas en caer en los mismos errores en los que caí yo? ¿Por qué no has podido aprender de esto?

—No sé, mamá. ¿Igual es porque me has criado haciendo que vea que todo esto es normal? ¿Que lo natural es tener un padre en la cárcel y vivir del dinero que nunca entregó a la policía, o que se pueden tener novios maleantes y que no pasa nada?

Mi madre frunce el ceño y los labios, contrariada. ¿Nunca había pensado en esto hasta ahora? ¿Nunca se había parado a pensar en el tipo de ejemplo que me estaba dando al vivir de esta manera?

—Pensaba que serías más lista.

—¿Por arte de magia? Mamá, parece mentira. Sabes perfectamente quién soy. Sabes que no me he criado para ser una muñequita, ni una princesita. Soy yo, Natalia, una chica que sabe lo que quiere y que no teme hacer nada para conseguirlo.

—Y querías... a Iván, supongo.

—Pues no te voy a mentir, mamá. Aunque haya pasado de sorpresa, la verdad es que sí que lo quería. Me gusta. Me gusta mucho. Y si te he contado esto ha sido para... —¿Para qué? ¿Para acorralar a Iván de modo que sea capaz de admitir que yo le gusto? ¿Para liberarle de la culpa de la mentira, de todo lo malo que cree que está haciendo? ¿Para ir con la verdad por delante por una vez? —. Pues porque soy tu hija y sé perfectamente que no le quieres y que te vas a casar con él por conveniencia. Y porque creo que tienes que saberlo antes de dar el paso, porque no me puedo imaginar el tipo de vida que podríamos tener los tres después de esto.

Mi madre niega con la cabeza.

—Supongo que tienes razón. No se podría fingir que todo va bien, no. Y me dolería más enterarme de ello dentro de unos meses.

—¿Vas a romper el compromiso?

—¿Qué harías tú?

Suspiro.

—Supongo que sí, romper el compromiso está bien. Pero los rusos...

—¿Qué sabes tú de los rusos?

—¿Yo? Nada. Pero me pareció escuchar que tenáis problemas, ¿no? Vuestro negocio está en peligro porque han cambiado de jefe, o algo así. ¿Vas a dejar que se coman a Iván? Si rompéis el compromiso, ¿vas a permitir que lo que estáis intentando crear se vaya a la mierda?

—Natalia, me parece que has estado conspirando a mis espaldas más de lo que me haces creer —murmura mi madre, demasiado sagaz para que se la dé con queso—. Mira, ahora mismo no quiero hablar de ese tema. Lo único que me apetece es ir a ver a Iván para darle un tortazo por acostarse contigo. Debería darle vergüenza. A su lado, eres una cría.

—Yo no soy ninguna cría. No sé por qué os empeñáis todos en decírmelo.

Me he librado de un secuestro encargado por los rusos, he defendido mi vida y la de la gente que quería y hasta creo que he tomado la decisión correcta en esta historia. ¿Por qué me acusan todavía de ser una cría? ¿Por qué se empeñan en creer que soy una muñequita que podría romperse si la miran fijamente?

Mi madre me pide que la deje sola; tiene mucho en lo que pensar y mucho que digerir. No hablamos sobre lo que va a pasar ahora entre ella e Iván o entre Iván y yo. En realidad, dudo que ninguna de las dos lo tengamos claro.

Cuando dan las cinco, llamo a Iván. Confío en que haya terminado ya su reunión con los rusos. Tarda un poco en cogerme, pero finalmente lo hace.

—Te has marchado de casa. Pensé que no ibas a hacerlo. ¿A dónde te has ido?

—He venido a mi casa. Tenía que contarle a mi madre lo que ha ocurrido.

Iván deja escapar un grito que me hiela la sangre. Tengo que sujetar el teléfono con las dos manos para que no se me resbale.

—¿Estás loca? ¿A qué demonios estás jugando?

—No es ningún juego. Tenemos que hablar. Ven a buscarme, pero no llames al timbre. Te esperaré en la puerta.

Cojeo hasta el portal y espero durante varios minutos. Sé que Iván habrá pisado el acelerador tan pronto le he dado la noticia. Vendrá a pedirme explicaciones y estará furioso. Sé que he puesto en peligro algo en lo que él se ha esforzado y que quizá sus tratos con los rusos se hayan quedado en agua de borrajas por lo que acabo de decirle a mi madre. Pero tenía que hacerlo.

Creo que nunca me había sentido así antes. He tenido rollos, me he colgado de tíos, he tenido novios formales y me he liado con desconocidos. Pero nunca hasta este momento había sentido esa chispa dentro de mí que ahora me doy cuenta de que puede ser algo más. Algo más que el mero deseo, o el ansia, o la codicia por otra persona.

Creo que lo que le he dicho a mi madre es verdad. Iván me gusta mucho, tanto como para poner en riesgo todo lo demás.

Cuando su coche aparece frente a mi casa, le veo apretar el gesto con ira. Me siento a su lado, me abrocho el cinturón y espero a que me lleve a donde sea que quiera conducirme. Se para en un aparcamiento cercano. A nuestro alrededor no hay nadie salvo los coches que de vez en cuando suben por la rampa y dan vueltas en busca de una plaza vacía.

Iván se quita el cinturón y se da la vuelta. La ira brilla en sus ojos.

—Vas a tener que explicarme lo que le has dicho a tu madre.

—Le he contado que nos acostamos... anoche. No le he dicho lo del hotel, ni lo de esta mañana. Le he dicho que ha sido un accidente, nada más. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero le he dicho que yo quiero más. Creo que tú también quieres más.

Ladea la cabeza y me mira de reojo, como si acabase de cometer un error imperdonable. Sus manos tiemblan sobre el volante. Las rozo con las yemas de mis dedos.

—Sé que piensas que eres un mal hombre. Y, ¿sabes qué? A lo mejor no te equivocas. A lo mejor es cierto que solo una mala persona puede dedicarse a lo que tú te dedicas. Pero prefiero mil veces a una mala persona como tú que a una persona "normal" como se supone que se tiene que ser. —Le toco la mejilla para que me mire a los ojos—. Mi amiga Inés empezó a salir con un chico majísimo que a los tres meses le estaba dando puñetazos y que había conseguido que dejase de salir conmigo. Era un chico de buena familia, con un buen futuro y mucha pasta en el banco. Y ni de coña se paró a pensar en si de verdad era bueno para ella o si la estaba tratando bien. —Acaricio su mandíbula y sus labios—. Pero tú...

—No me compares con eso. No es lo mismo. —Se concentra en mis ojos—. Yo no te voy a pegar ni te voy a prohibir nada jamás. No soy un maltratador. Eso no. Pero sé que soy una persona difícil con gustos raros y tú... Tú eres muy joven. No sabes lo que...

—Sí lo sé. Mira, igual otras chicas de diecinueve no deberían salir con tipos como tú, no te lo niego. Pero creo que sabes de sobra que yo estoy hecha de una pasta especial. Puedo aguantar lo que me echas. Es más: lo estoy buscando. Lo he estado buscando desde que nos conocimos, e incluso antes. Me gustas, Iván, me gustas mucho. No tengo ni idea de si tenemos un futuro juntos o de lo que va a ocurrir mañana, pero creo que quiero intentar descubrirlo.

Él se echa a reír.

—¿Sabes que uno de los rusos a los que les diste ayer una patada ha perdido un huevo? ¿Llevas botas de punta de hierro o qué?

Me sonrío.

—¿Sabes el miedo que tenía en ese momento? Por mí como si los pierde los dos.

—Gracias a ti he conseguido que Dimitri me pida perdón. Vladimir, su padre, se ha puesto como una fiera cuando le he contado que habían intentado secuestrarte. Ahora los rusos van a estar mucho más finos.

—Ese cabrón tendría que haberme pedido perdón a mí —protesto.

—No. Yo tengo que pedirte perdón. —Me toma de la mano y la acaricia con una suavidad increíble, como cuando anoche me cosía la herida de la pierna—. Por mi culpa te has visto envuelta en eso y por mi culpa se te ha metido en la cabeza que lo nuestro podría llegar a funcionar.

—Vamos, Iván. Llevo chupándome líos como estos desde que he nacido. Estoy más que curtida. —Estoy fanfarroneando, claro. No me hace ninguna gracia que ayer intentasen secuestrarme aunque no tuvieran intención de hacerme daño de verdad, pero no voy a dejar que Iván crea que estoy asustada o que tengo ganas de echarme atrás en esto—. Lo nuestro podría llegar a funcionar. Follamos muy bien.

Sonríe.

—Eso es verdad, aunque debo decirte que hace mucho tiempo que no tengo una relación normal.

—Nuestra relación nunca va a ser normal, ¿sabes? —Le beso. Sus labios saben a algo delicioso, algo que creo que no voy a cansarme nunca de probar—. Pero en parte es lo que más me atrae de ella. Nunca he sido normal y creo que no quiero serlo.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Su móvil vibra. En la pantalla pone "Victoria". Mi madre. Con la emoción del momento casi me había olvidado de que ella también tiene algo que decir. Iván suspira y hace un gesto antes de salir del coche para contestar la llamada. Cierra la puerta para que yo no cotillee, pero se le ha olvidado que puedo bajar la ventanilla para poner el oído.

Escucho cómo Iván se disculpa ante mi madre y le explica que no tiene ninguna intención de hacerme daño. Le oigo decir que le gusta de verdad, que ojalá no hubiese pasado así pero que, una vez ha ocurrido, lo mejor es actuar como personas adultas y responsables. Mi madre escucha y él no levanta la voz en ningún momento. Bueno. Parece que la cosa va bien.

Al final hablan sobre qué van a hacer con su asociación mutua y cómo impactará el fin de su compromiso. Iván insiste en que no quiere perder los puentes que han tendido y creo que a mi madre no le parece mal. Acaban despidiéndose casi como buenos amigos, sin una nota de discordia ni de ira.

Madre mía. Ojalá todas las rupturas fueran así.

Iván vuelve al coche y suspira.

—Ya está hecho —dice mientras se sujeta al volante.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tengo que reordenar mis negocios y asegurarme de que los rusos no me la clavan por

la espalda. Y que a tu madre no le dé por vengarse de mí después de pensar todo esto en frío, algo que podría ocurrir.

—No creas, no es su estilo.

—Y también tengo que asegurarme de que la policía deja de husmear en las cuentas de mis tiendas, por si acaso me agarran por ahí.

—La policía es una inútil, así que tampoco te preocupes mucho.

—Y probablemente prepararme para que antes o después nos pillen y acabemos todos en la cárcel.

—Si no te han agarrado ya, dudo que lo hagan ahora.

—Pero lo que más me apetece en el mundo, la verdad, es llevarte a casa y seguir con lo que empezamos esta mañana.

Una sonrisa aparece en mis labios, más sincera que cualquiera que haya salido de ellos.

—¿Sabes qué? En eso sí que te voy a dar la razón. Llévame a casa. Creo que nos hemos ganado esto. Pero antes de eso, necesito que hagamos una cosa.

—¿Qué?

—Vamos a pasar por una farmacia. Hay que comprar lubricante. Y condones. Muchos condones.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

J*did@-mente Erótica

BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario
— Romance Oscuro y Erótica —

La Celda de Cristal

Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso
— Romance Oscuro y Erótica —

Reclamada

Tomada y Vinculada al Alfa
— Romance Oscuro y Erótica —

“*Bonus Track*”

— Preview de “[J*did@-mente Erótica](#)” —

Esta mañana hay poca gente en el tren.

Por lo general, montamos tantos en cada estación que es imposible no acabar rodeada de cuerpos sudorosos que apestan a tabaco y a desodorante barato, si tenemos suerte.

Pero hoy han empezado las vacaciones de agosto, así que el agobiante calor compensa el hecho de que la mayor parte de los madrileños estén camino de la playa.

Por supuesto, yo soy de las pringadas que se quedan para sufrir los estragos del sol de plomo fundido que azota la ciudad.

Me toca seguir levantándome a las seis de la mañana para ir a trabajar a la redacción de un periódico local. Me pagan una mierda y mis compañeros me aburren. El jefe no sabe hacer la O con un canuto y a mí me toca solucionar todas sus cagadas, y aguantar una bronca si no consigo hacerlo a la velocidad de la luz.

Se nota que el trabajo me encanta, ¿verdad? Pues resulta que tampoco me puedo quejar. En estos tiempos, soy de las privilegiadas que aún cobran una nómina, aunque tenga muchos menos ceros de los que me gustaría.

Oigo un pitido a través de los auriculares que llevo puestos. ¿La batería se me va a acabar? ¿De qué va este trasto? Miro la pantalla y observo el icono que palpita sobre la barra de batería. Mierda, es verdad. Anoche se me olvidó cargarlo.

Me toca quedarme sin música y sin WhatsApp hasta que pueda conectarlo en el trabajo. Justo lo que necesitaba. Con lo aburridos que son estos trayectos de tren.

Suspiro y apoyo la cabeza en la mano. Veo mi reflejo en el cristal del vagón contra la imagen que me transmite la ciudad. No estoy nada mal. Tengo 27 años y, aunque no tengo pinta de modelo, si me arreglo y miro de la forma adecuada puedo competir con cualquiera.

Llevo el pelo teñido de rojo desde hace tiempo, con un flequillo recto que me hace parecer una niña buena. Lo mejor, dicen, son mis ojos. Aunque soy española por los cuatro costados, los tengo de un verde azulado muy llamativo. A la gente le gustan mucho, y lo cierto es que a mí también.

Me miro durante unas cuantas paradas hasta que sube al tren un tipo que me obliga a darme la vuelta. Le oigo antes de verlo, pero por su voz sé que me va a gustar. La tiene grave, pero sabe modularla para transmitir autoridad.

Está hablando por teléfono con alguien que le ha cabreado. No puedo evitar cotillear mientras le echo un vistazo.

No esperaba para nada que fuese tan joven, ni tan atractivo.

Debe de medir un metro ochenta y pico y tiene los hombros anchos, pero el traje hecho a medida le entalla la cintura de manera que parece más esbelto.

Lleva una camisa blanca y una corbata rosa claro bajo la chaqueta gris. A pesar del calor que hace fuera, no parece sudar.

Tiene la nariz recta y la mandíbula bien cincelada, y los ojos castaños. Lleva el pelo a la moda, con los lados recortados y el centro peinado hacia atrás.

En las manos porta un maletín de piel de los buenos, prácticamente nuevo, y los zapatos deben de costar dos o tres veces mi sueldo. Es un niño rico y está enfadado, y me llama la atención de inmediato.

—¿A ti te parece normal que el coche haya vuelto a fallar a las dos semanas? ¿Se puede saber a dónde lo enviaste?

Las puertas se cierran tras él y el tren continúa. El hombre no mira a nadie. Sus cejas se curvan y sus labios se tensan. Oigo el bisbiseo al otro lado de la línea, pero no logro entender qué dice

—Pues te han timado —prosigue—. En ese taller son unos vagos o unos caraduras, porque me ha dejado tirado en las afueras y tengo una reunión en media hora. He tenido que coger el tren, porque no había ni taxis. ¿Sabes el calor que hace?

Más bisbiseo. El hombre aprieta la mandíbula. Deja el maletín en el suelo y se ajusta la corbata. Su mirada pasa sobre los asientos (sobre mí) y mi corazón se acelera.

¿Se ha dado cuenta de que le estoy observando? No es que me importe, por otro lado. Quizá, en el fondo, quiero que lo sepa.

—Bueno, pues más te vale que el taller al que lo mandes haga su puto trabajo, porque si no, no pienso pagaros ni a los mecánicos ni a ti, ¿me has oído? —increpa.

Más murmullos. Veo la satisfacción en su cara. Es la expresión de alguien que ha conseguido imponer su autoridad de tal modo que infunde temor en otros. Quienquiera que esté al otro lado del teléfono se ha meado encima.

Sonrío y me muerdo el labio inferior. Su mirada vuelve a pasarme por encima y esta vez le miro a los ojos. El contacto dura un par de segundos antes de que se rompa. Se vuelve a alejar de mí.

Se despide con brevedad y cuelga. Aprovecha para mirar su teléfono un poco más. Le veo toquetearlo y sonreír. Seguro que ha visto un mensaje que le ha gustado.

Yo sonrío, también. Me gustaría acercarme para ofrecerle mi teléfono, pero sé que pasaría de mí. Un hombre como ese, vestido así, no se fijaría en una “plebeya” como yo ni en un millón de años.

Aunque desnudos seríamos iguales, me temo que la primera impresión pesaría demasiado. Es un niño rico narcisista, lo sé. Y yo soy una becaria que no cobra ni mil euros y compra la ropa en Zara.

Pero una mujer puede “soñar”, supongo.

Le miro hasta que él levanta la vista al escuchar el aviso de la siguiente estación. Se guarda el móvil en el bolsillo, recoge su maletín y se gira para salir. Tiene un buen culo. Me recreo el rato que me lo permite.

Las puertas se abren —yo me fijo en la estación, pero sé que nunca nos volveremos a encontrar— y él da un paso al frente para salir. Entra una señora mayor y se choca con él sin querer.

El hombre se pierde en la estación. En el suelo se le ha caído el móvil. Yo, que estoy vigilante y atenta, salto para recogerlo y entregárselo. Quizá, si tiene la oportunidad de agradecerme algo, podamos entablar una conversación.

Pero él se ha marchado lejos y hay mucho ruido en la estación. Las puertas pitan y avisan de que van a cerrarse. Aún tengo el móvil en la mano cuando lo hacen.

Miro a mi alrededor. Nadie se ha dado cuenta de lo que ha pasado, así que me vuelvo a mi asiento y desbloqueo su móvil para hurgar en su interior.

Una buena samaritana buscaría su número más llamado —o su última llamada, que debe de ser de su asistente y que agradecería que se lo devolviera para poder hacer puntos con su jefe—, y eso es lo que voy a hacer.

Pero primero voy a cotillear un poco. Quiero ver qué es lo que le ha hecho sonreír.

Cuando reviso sus aplicaciones en funcionamiento, veo que la última que ha utilizado es WhatsApp. Hay alguien llamado "Jess Fiesta" que le ha mandado una imagen de lo más interesante.

Es una fotografía con filtro blanco y negro en la que una mujer desnuda cuyo rostro queda oculto por el encuadre muestra orgullosa a la cámara las ataduras de sus piernas.

Sé de esto lo suficiente para darme cuenta de que se ha atado a sí misma. Va acompañada de un mensaje que dice: *"Así estoy tan temprano, y tú tan lejos"*.

Siento celos inmediatos. La tía tiene buen cuerpo, pero nada yo no tengo nada que envidiarle, a decir verdad.

Bueno, sí. El hecho de que pueda quedarse en casa a las ocho de la mañana para practicar auto-bondage mientras yo ejerzo mi masoquismo desde la redacción mugrienta del periódico.

Mi jefe es un amo mucho menos atractivo y nunca respeta las reglas, y para mí no hay liberación sino amargura.

Querría estar en el puesto de Jess Fiesta. Necesito saber más sobre este hombre.

La conversación anterior me permite hacerme a la idea de que se conocieron en una reunión BDSM en Berlín. Parece que se han visto un par de veces y que se dedican a pasarse fotos de experimentos y hazañas, y a hablar de lo que les gustaría hacerse mutuamente. Me muerdo el labio.

Echo un vistazo a su galería de fotos. Está claro de qué pie cojea. Le veo en ropa interior, luciendo palmito. En reuniones en mazmorras vete a saber dónde, con un antifaz y ropa de cuero, y una fusta que enarbola con actitud dominante. Le veo sentado en una silla mientras una chica le besa los pies.

También hay vídeos.

Quito los auriculares de mi móvil y se los pongo a este. Me encojo sobre mí misma para que nadie mire y veo uno de ellos. Está grabando en primera persona una sesión de azotes.

La chica sobre sus rodillas tiene el culo rojo e hinchado, y pide más a gritos. Él le agarra una nalga con una mano enorme. Sus dedos se hunden en la carne inflamada, blanco sobre rojo.

Quiero estar ahí. Quiero gritar esos gritos. Quiero que me toque de esa manera y que me sostenga entre sus brazos como un dios todopoderoso.

No puedo evitarlo. Aprieto los muslos sin darme cuenta y me muero el labio. Me he hundido en mi asiento. Miro a mi alrededor.

Ninguno de los otros pasajeros se imagina lo que estoy viendo a escasos metros de ellos. Se me ha quedado seca la boca. Intento tragar saliva, pero no tengo. Paso al siguiente vídeo.

En algunos no aparece él. Son otras personas haciendo otras cosas. Suspensiones, shibari, demostraciones de todo tipo. Azotes, varas, látigos, floggers.

El móvil de este tío parece una enciclopedia multimedia del BDSM. En su WhatsApp hay otros contactos con códigos parecidos. No hay nombres completos, sólo apodos o referencias a los lugares donde se conocieron.

Las conversaciones abrasan de lujuria y deseo. Quiero ser una de ellas. Quiero conocer a este tío. Sé que yo podría darle lo que necesita, y él a mí. Aún no lo sabe, pero somos almas gemelas.

Tengo que saber más. Tengo que encontrarle.

Cuando levanto la mirada, hace tiempo que me he pasado mi estación.

Corro a bajar antes de que sea demasiado tarde. Tengo que dar media vuelta y probablemente llegue tarde a trabajar.

Las rodillas me tiemblan y noto mi piel como electrificada. Hace mucho calor, pero yo tengo un fuego dentro de mi vientre que apenas me deja sentirlo.

Voy a averiguar quién es. Voy a verle.

* * * *

Llego diez minutos tarde a mi escritorio y el jefe me deja caer que si vuelvo a hacerlo acabará amonestándome.

Me quitará parte del sueldo. Tampoco es que me pague mucho, por otro lado. Quizá me haga elegir entre comer algo más que arroz y pasta durante un mes o pagar la factura del aire acondicionado.

Hijo de puta.

El enfado me dura poco. Tengo que redactar varias noticias y subirlas a la página web. Abro el navegador y me pongo a ello, pero mis ojos pasan enseguida de centrarse en lo que escribo al móvil que reposa sobre mi escritorio.

Dejo escapar un suspiro. Lo desbloqueo una vez más y lo miro.

Quiero echarle otro vistazo a la fotografía en la que el hombre del tren aparece vestido con un arnés de cuero para imaginarme que le sujeto por la argolla para acercármelo, pero mi compañera de mesa se dirige a mí y me arruina la fiesta.

—¿Tienes las fotos de la manifestación del sábado pasado? Necesito revisarlas para un artículo sobre...

—Están en el servidor —respondo con voz ahogada.

—¿Sí? No las he visto...

—Están en la carpeta. En la carpeta de siempre. ¿Cómo no las vas a ver? Búscalas.

Me sale un tono de lo más borde y mi compañera lo acusa con una mueca.

—Bueno, tampoco te pongas así, ¿eh? Madre mía, qué mala leche traes hoy.

Me da igual lo que piense de mí. Cuando tengo un objetivo y algo se me mete en la cabeza, todo lo demás deja de importar. Es algo que me suelen reprochar y que en el pasado me ha dado problemas, pero no puedo evitarlo.

Puedo intentar contenerme para hacer mis tareas de hoy lo más rápido posible antes de abandonarme a mi obsesión, pero tener el móvil tan cerca y no poder repasar sus secretos es más duro de lo que se imaginan los que me han echado en cara mi pequeño problema.

Acabo con las noticias y los envíos de los que no puedo escaquearme. Ya es media mañana. A esta hora suelo salir a tomar café con mis compañeros, pero hoy no va a ser así.

Tomo el móvil y voy al baño. Es unisex y lo compartimos con la oficina de al lado. Tiene una fila de cubículos muy larga, casi tanto como los lavabos y los espejos, y huele fuerte a lejía. No es el escenario ideal para dar rienda suelta a mis fantasías, pero tendrá que servir por el momento.

Me encierro en un cubículo y me siento en la tapa. Me he traído los auriculares para poder ver los vídeos con tranquilidad.

Ahora que nadie me ve, puedo ponerme cómoda y disfrutar. Esto de hurgar en los entresijos de la intimidad de alguien me da un subidón incomparable.

Sé que está mal.

J*did@-mente Erótica

BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario

— Romance Oscuro y Erótica —

Ah, y...

¿has dejado ya una Review para este libro?

Gracias

.